



ETHOS

EDUCATIVO

ISSN 1405-7255 • II ÉPOCA • MORELIA, MICHOACÁN, MÉXICO

ROSARIO
HERRERA GUIDO
**PSICOANÁLISIS,
EDUCACIÓN Y CULTURA**

JOSÉ EDUARDO
TAPPAN MERINO
**EL PSICOANÁLISIS
ES MÁS QUE UNA
PROPUESTA CLÍNICA**

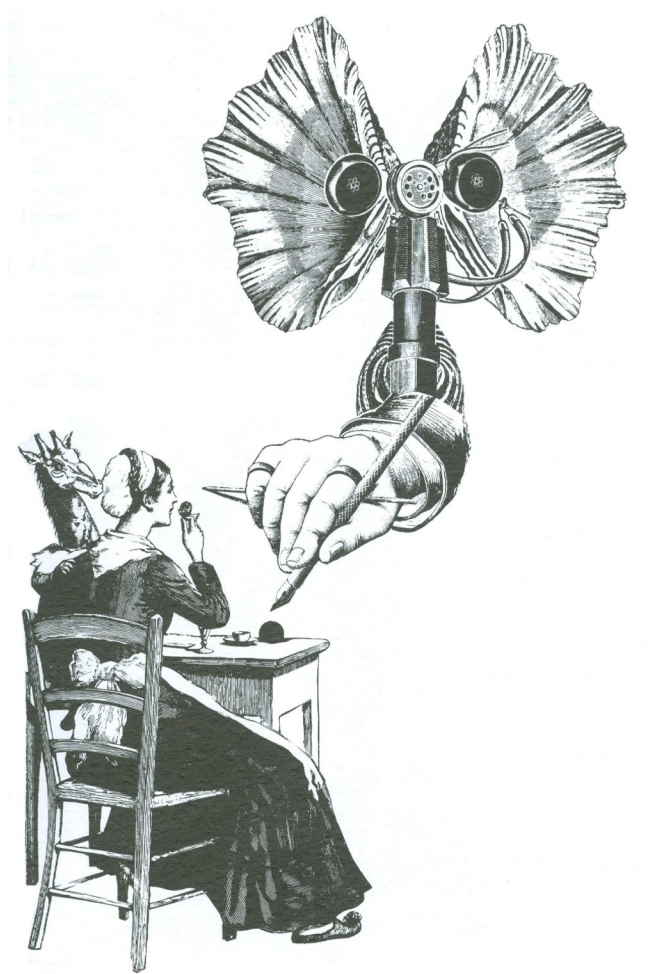
CECILIA SOLER
**UN LUGAR
PARA EL AMOR**

SANDRA MARÍA
BACCARÀ ARAUJO
**PADRE, ACERCA
A MÍ ESE CÁLIZ**

RAÚL ENRIQUE
ANZALDÚA ARCE
**LA PERTURBACIÓN
DEL INCONSCIENTE:
LOS DILEMAS DE
MIRAR LA OTRA ESCENA**

MÉLANIE BERTHAUD
**EDUCAR, SEGÚN
FRANÇOISE DOLTO
(1908-1988)**

DOSSIER
LUDWIG ZELLER



♦ 43 ♦

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 2008

Ethos Educativo No 44.
Revista cuatrimestral.
Septiembre-diciembre de 2008.

Número de reserva al título de Derecho de Autor:
04-2003-051913171300-102
de fecha 19 de mayo 2003

Número de Certificado de Licitud de Título: 10941
de fecha 4 de julio 2003, con número de expediente 1/432 "98" 14319

Número de Certificado de Licitud de Contenido: 7586
expedido por la Comisión Calificadora
de Publicaciones y Revistas Ilustradas
de la Secretaría de Gobernación,
el 4 de julio de 2003, con
número de expediente 1/432"98"14319

ISSN:
1405-7255

Portada: *La escritura automática*. Grabado. Ludwig Zeller

Domicilio de publicación:
Calzada Juárez N° 1600, Col. Villa Universidad,
C.P. 58060, Morelia, Michoacán.

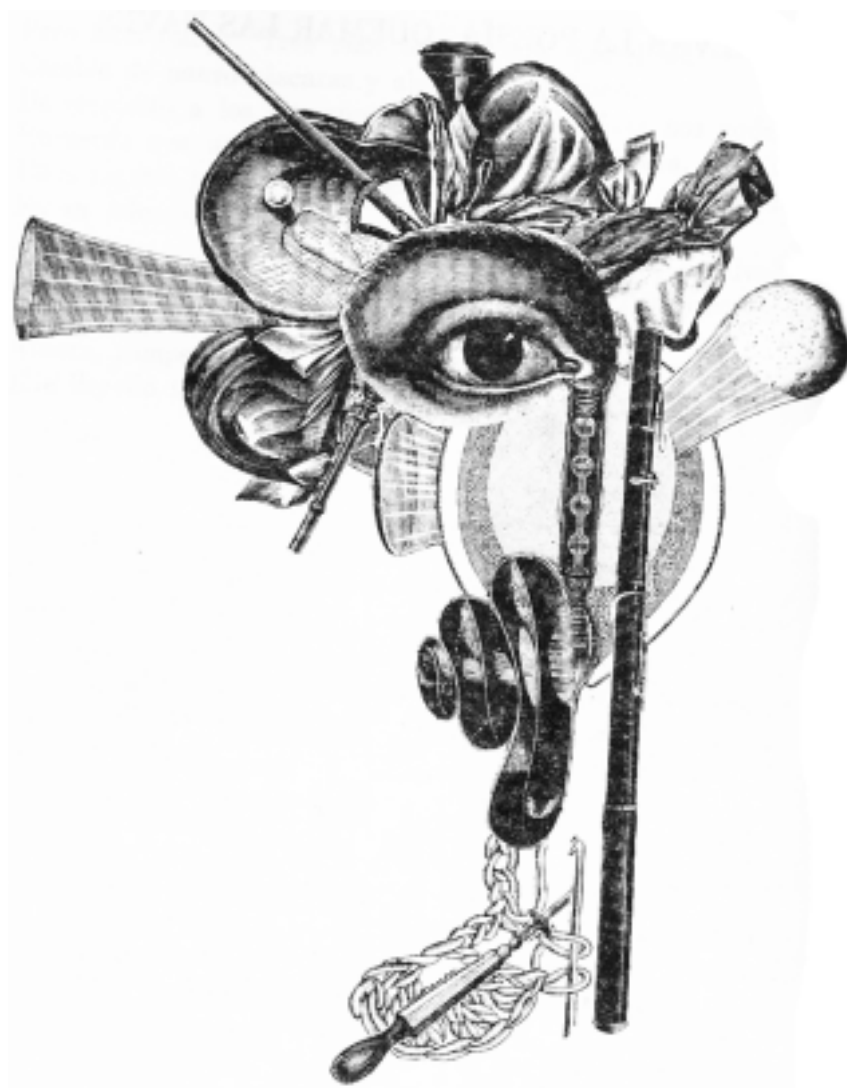
Impresor:
Ursu Silva López,
"Morevallado Editores"
Tlalpujahua N° 445
Col. Felicitas del Río
58030, Morelia, Mich.

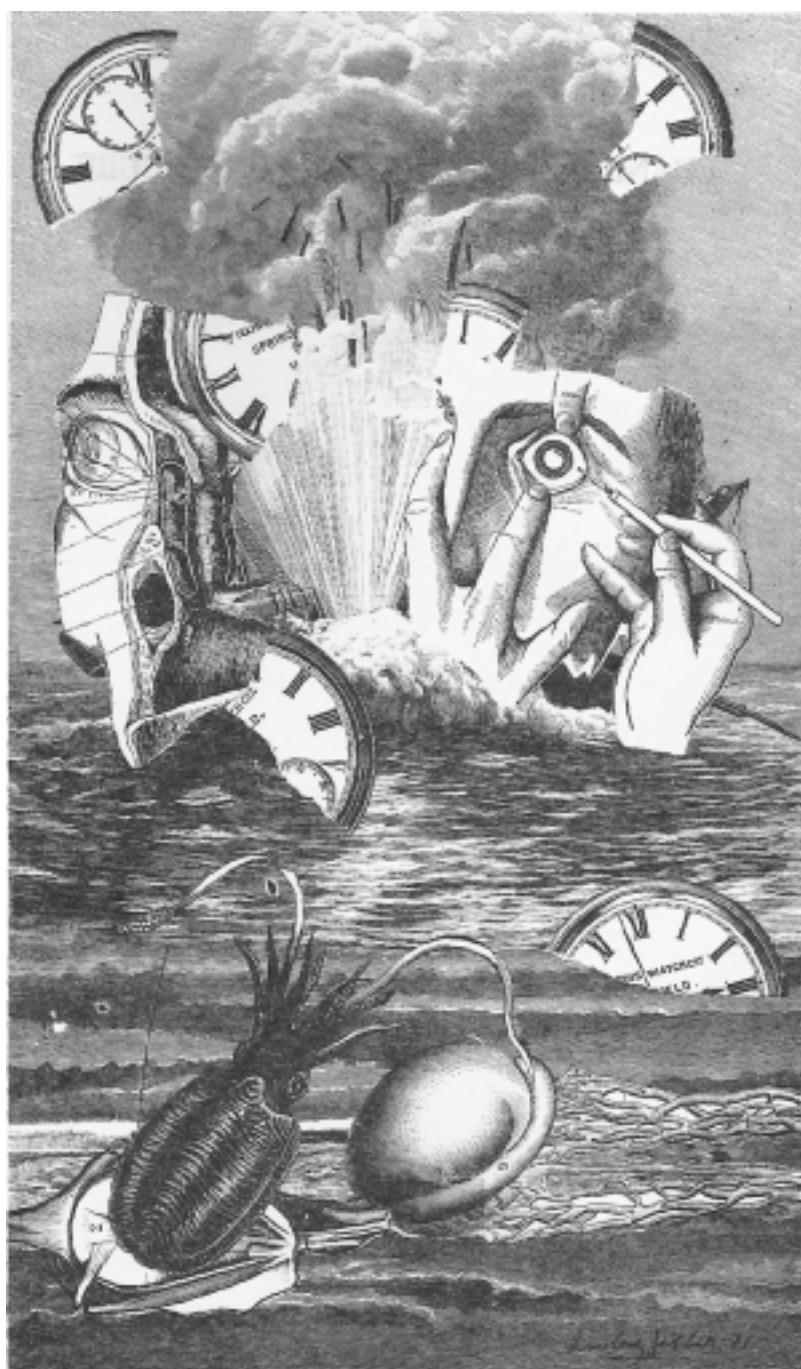
Tiraje:
2000 Ejemplares.

Las colaboraciones firmadas son responsabilidad de su autor.
Se permite la reproducción de los contenidos, citando la fuente.

Domicilio Legal:
Calzada Juárez 1600, Fracc. Villa Universidad
58060, Morelia, Michoacán, México.
Tels. 01(47) 175-15-00 al 28, ext's. 135 y 219; Fax: 316-75-93.

escriba: ethos_sugerencias@imced.edu.mx
colabore: ethos@imced.edu.mx



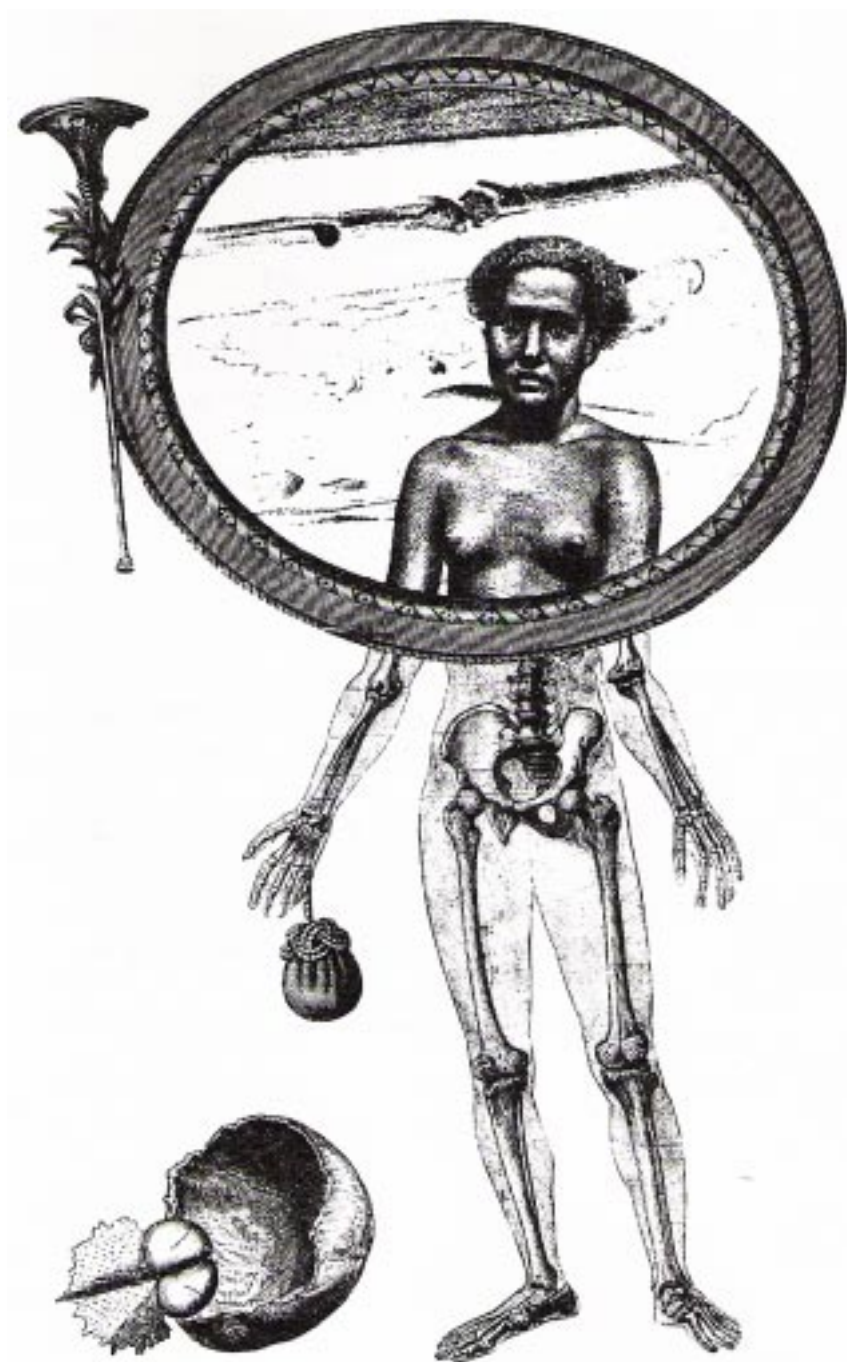




La oportunidad de la novia. 1974.

DOSSIER

Ludwig Zeller



Ludwing Zeller o el espejo en entredicho*

Álvaro Mutis

No creo que exista una definición de la poesía que mejor cuadre a la que escribe Ludwig Zeller que ésta, intentada -porque es evidente que la poesía es, por su esencia, indefinible- por Paul Reverdy, palabras de una justeza muy cercana al blanco inalcanzable: “Ese tránsito de la emoción en bruto, confusamente moral o sensible, al plano estético en el cual, ascendiendo en escala, se aligera de su peso de tierra y de carne, se depura y se libera en forma que, de dolorosa pesadumbre del corazón, se convierte en gozo inefable del espíritu: eso es la poesía”. Si a esta visión de Reverdy sumamos las siguientes palabras del propio Zeller, creo que nos habremos acercado mucho a la siempre móvil y esquiva sustancia en la que pone a navegar sus visiones y sus sueños: “He nacido en 1927, en el desierto de Atacama, al norte de Chile. Estos poemas y *collages* serían otros de haberse originado en un ámbito distinto y el surrealismo, al cual mi obra se adhiere enteramente, no puede sino ser el de quien piensa que acaso seguimos viviendo en un desierto donde la vida es tan sólo la piel de un espejismo.”

Una poesía como la de Zeller sólo puede ser posible merced a la entrega total, a la desvelada devoción, sin medida ni pausa, como él la entiende. Lejos de su tierra, lejos de todo y en todo presente Zeller se dedica a preservar, con la complicidad vigilante de sus seres más cercanos, el territorio libre de la poesía. Ni una sola hora de su vida está dedicada a otro propósito. Yo debo confesar el hondo respeto, no exento de envidia, que sentí al acercarme, en cercanía entrañable aunque breve, a esta lección de irrestricto servicio a las más secretas fuerzas, a las tensiones más esenciales que determinan la tarea del poeta.

Pero no se entienda esta idea de servicio y de apartamiento como un exquisito rechazo a la saludable constatación de nuestras caídas y miserias y, menos aún, a los que el mundo nos ofrece como testimonio de su

* Prólogo a la segunda edición de ZELLER, L. *Salvar la Poesía. Quemar las naves*. Col. Tierra Firme, FCE.

material presencia perecedera. Escuchemos, por ejemplo, cómo Zeller invoca a nuestra vieja nodriza, la muerte:

Ven entonces, tibio ídolo de tanto insomnio, bebe

De raíz esta médula que quiere eternidad, haz que el tambor Esparza mi semilla en la arena; te espero allí hace siglos, Mi dulce eterna amada, por tus párpados cubierto quiero ser. Abres la puerta, lánguida sonríes. ¿Qué esperas, di?

He llegado por fin a tu costado, Señora del silencio.

Toda la poesía de Zeller -y sus collages, desde luego- nacen y se sostienen bajo el signo de la aceptación. La absoluta, ineludible, aceptación. Allí está el gran secreto de su poder de convocar todos los fantasmas, materiales e inmatriales, con los que la imaginación rodea al hombre para apoyarlo en su lucha contra los dioses, en su sorda guerrilla contra los oscuros penates de la rutina y el olvido. Zeller nos lo hace patente con evidencia en combustión:

Hoy vienen los fantasmas y en la mesa que gira

Veo crecer las flores bajo el llanto sediento

Del ojo que en el centro del plato está mirando

La alcuza con su aceite y su escorpión.

. . . .

No quiero ver quebrarse la guitarra

No quiero ver subir a la marmita

Aquel ojo con garras que pregunta de nuevo

Si dos y dos son cuatro, si las aguas hirvieron de verdad.

Con Zeller no hay medias soluciones: lo que no es poesía está condenado sin remedio, pertenece al impreciso mundo de la nada. Tal vez por esto, desde un principio, Zeller ha buscado en la imagen, dispuesta según el orden sin reglas de su particular e intransferible teogonía, un apoyo y una corroboración, una prueba y un nuevo testimonio desde el rincón opuesto, de lo que en palabras dispuso como poema. No que sus collages sean comentarios a su poesía: son otra poesía, articulada con otros elementos, que vuelve sobre lo mismo, lo de siempre: estamos irremediablemente condenados a la tarea de construir un mundo que se oponga y anule al que la razón y la lógica proponen con terquedad de enterradores.

Ludwig Zeller, como tantos otros predestinados que lo precedieron en tan arduo servicio, tiene que inventar a cada instante la libertad, ese paraíso sobre la tierra contra el cual los hombres atentan también a cada instante. Por eso el poeta ha dispuesto su vida y su vocación creadora al amparo de todo lo que pueda conspirar contra la inagotable disponibilidad de su ejercicio visionario. Hay una santidad de la poesía: Blake y Holderlin lo supieron, lo supo Rimbaud y también lo supo George Trakl, lo supieron Michaux y Desnos. Ese camino no pueden recorrerlo sino los apartados, los que no temen injuriar a los astros. Zeller lo sabe y conoce los riesgos del viaje. Los hados, vueltos de espaldas, jalonan su marcha. Esta selecta producción da cuenta de su paciente exploración del abismo.▲



El llamado atronador, 1975

Los collages de Ludwig Zeller y su estela

Edouard Jaguer

Si, en la panoplia siempre renovada de las “técnicas” surrealistas hay un descubrimiento que gozó un éxito temible, es el caso del “collage”, tal como Max Ernst nos lo regaló a comienzos de los años 20. Desde entonces, casi todos los que han pasado por la aventura surrealista, tanto poetas como pintores, se dedicaron a él -a menudo, es necesario decirlo, sin aportar otra renovación que la que resulta de la fantasía personal de cada cual. Lo que ya es mucho, sin duda- pero no es sin embargo suficiente.

Cierto, en el curso de los sesenta años corridos, el collage ha conocido algunos desarrollos, a veces espectaculares, pero totalmente extraños a la vena de inspiración que ha permitido a Max Ernst componer las magníficas novelas en imágenes de *La femme 100 teles*, del *Reve d'une petite fille* y de *Une semaine de bonté*. También, a pesar del encanto innegable que emana, el collage de grabados antiguos estaba amenazado, a la vuelta de los años 50 de pasar de una vez por todas a la sección de los trastos poéticos. Tantos epígonos pasaron por allá que había parecido preferible a muchos collagistas dar vuelta la página, recurriendo desde entonces, para la ilustración de sus espejismos personales, a una base muy diferente: puramente fotográfica para unos, mientras que otros practicaban con éxito el desvío hacia imágenes en color sacadas de revistas “actuales”, según un proceso en suma bastante análogo al que había regido la evolución del cine, y luego la televisión. Para la rama “grabados antiguos” del collage surrealista, era sin duda su rescate el éxito mismo que había conocido tras dos generaciones de creadores; como lo decía Petr Kral en 1975, “si el collage parece haber alcanzado una cumbre insuperable desde las primeras expediciones punitivas de un Ernst o de un Styrsky en el mundo victoriano de las viejas xilografías... bajo la forma, de ahí en adelante clásica que estos autores le habían dado, rápidamente se fijó en un lugar común.” (“La era del collage continuación y fin”, *Phases* No 5, N.S. París, 1976).

Ahora bien, es en ese momento crítico de la historia del collage “clásico” que interviene Ludwig Zeller, cuya experiencia en este dominio no recurre para lo esencial ni al material fotográfico ni al encanto (indiscreto y a veces chillón) del color, sino por el contrario persiste en la utilización de los grabados de fin de siglo que empleaba ya Max Ernst. Verdadero desafío, es por ese handicap libremente aceptado que a nuestros ojos su empresa reviste un significado dialéctico de primerísima importancia, porque demuestra con esplendor que nunca hay un punto final para un método artístico, por poco que una inspiración tan briosa como la suya lo venga a irrigar; que en suma es falso afirmar que no hay nada nuevo bajo el sol; y que por lo contrario todo es nuevo bajo el sol para quien sabe mirarlo de frente (como ya lo he dicho antes en otra parte). Nacido en un desierto, Ludwig Zeller conoce muy bien la mejor manera de andar: sabe cómo golpear con el pie el suelo del desierto para que brote un manantial, para que surja un oasis. Fascinado por el sol (negro) de esos viejos grabados que ya habían fascinado a Ernst, le basta mirarlo de frente para poder entrar en él y perderse; y perdiéndose, ganar su apuesta encontrando una fuente de espejismos muy diferentes de aquellos antaño revelados por Ernst: con él, el paisaje del collage “a la antigua” que nosotros habíamos creído conocer tan bien, oscila bajo nuestros ojos y revela horizontes del todo distintos: *¡cambio de aspecto radical!*

¿Por qué este milagro (puramente materialista), por qué y cómo esta mutación? Yo creo que para poder aproximar una interpretación válida es necesario primero situar a Zeller en el espacio de su geografía personal, germanochilena si se quiere, pero esto no es en nada asunto de nacionalidad. Más bien se trata de sensibilidades geográficas, climas paradójicamente complementarios, las orillas del Rin (que Ludwig no conoce, así como tampoco habla el idioma alemán) con el norte de ese largo país que se llama Chile. Sí, esta mutación, este bruñido, o mejor aún este trastocar del collage tradicional es ante todo función de un espacio, y del recorte de ese espacio. Es allí donde se sitúa su diferencia esencial con todos aquellos que antes que él o al mismo tiempo que él han practicado este modo de expresión.

Así pues, en una nota de su colección de poemas *Cuando el animal de fondo sube la cabeza estalla*, Ludwig mismo ha dicho que “estos poemas y collages serían otros de haberse originado en un ámbito distinto”

(de ese donde se desenvuelve su primera infancia, en el desierto de Atacama, al norte de Chile, en Río Loa). Una anécdota que él me ha contado ilumina por lo demás para mí el espacio de sus collages con una luz muy particular.

Es que en cierto sentido, se puede decir que él no ha sido el primer “aventurero” de su familia. Su padre ya le había dado un ejemplo de rebeldía a la norma rompiendo con una larga tradición de profesores de universidades alemanas. Sin la fantasía de este padre ingeniero, es probable que Ludwig Zeller hoy hablaría alemán, no escribiría poemas y sería un honorable “Herr Professor”. Sucede que tentado por el espejismo de fotografías de lujuriosos bosques que se le habían mostrado, este padre antojadizo e ingeniero firmó, antes de la guerra de 1914, un contrato para ir a Chile... y se encontró en el lugar más árido de la tierra que es dado imaginar, donde el futuro collagista pasaría toda su infancia; lugar tan seco y tan desértico, me explicaba Zeller, que no se ve allí el viento (que es sin embargo violento) que sopla, puesto que nada hay en su camino que pueda moverse, ni el menor embrión de zarza. Esta omnipresencia invisible del viento inspiró a la ingeniosidad caprichosa del señor Zeller padre la idea de juguetes poco costosos pero fabulosos para sus hijos: con sus manos hábiles construía grandes ruedas de cartón (que eran decoradas con dibujos e incluso con poemas), que el viento llevaba una mañana muy lejos, en una dirección determinada, y devolvía al día siguiente cuando el viento “había dado vuelta” en sentido contrario, más o menos a la misma hora, pero habiendo recorrido en el intervalo distancias considerables. Las ruedas no fallaban, como quien dice a la cita, cuanto más estaban a veces “un poco atrasadas”. Seguramente la imaginación de Ludwig se aferraba a esas ruedas, y la nuestra puede seguirla en esa vía, porque yo pienso que el movimiento imprevisible de esas ruedas continúa, casi 50 años más tarde, dando ritmo en profundidad a sus poemas y sus collages, en un margen de territorio que no pertenece sino a él, ni alemán, ni chileno, ni canadiense, para siempre substraído a las reticencias y a las referencias de lo racional o más bien de lo que se pretende que es lo racional (porque yo no dudo ni un instante, por cierto, que la razón, en el fondo, está más bien del lado nuestro, del lado de la calle que no se ve si se tiene los ojos en el bolsillo).

Así fue el primer aprendizaje del espacio en Ludwig Zeller. El segundo, que debía ponerle en contacto directo con los poetas y plásticos de su tiempo, fluye de su encuentro con Enrique Gómez-Correa y Braulio Arenas, los fundadores del grupo surrealista de Chile en 1938, sobrevivientes de la aventura “Mandrágora”. El tercer partícipe de esta notable escapada, Jorge Cáceres, no estaba ya presente en esa época. Aunque fue el más joven de los tres, era el que murió primero, en 1949, a los 26 años. De los tres pioneros de “Mandrágora” Braulio Arenas y él fueron collagistas. Cáceres empleaba indistintamente todos los materiales, el grabado antiguo así como la fotografía. No es imposible imaginar lo que podría haber dado el encuentro, el choque, el enfrentamiento de estas dos fantasías: Cáceres-Zeller. Este match, en cierto sentido, tuvo lugar de todos modos: uno de los más bellos libros que haya editado Ludwig Zeller, bajo la sigla de las Ediciones “Oasis” que él anima en Toronto con Susana Wald, es la serie de *Textos inéditos* de Jorge Cáceres... Cáceres, una de las figuras más proteiformes y de las más meteóricas a la vez del surrealismo, junto con la de Jindrich Heisler y Jean-Pierre Duprey. Todos ellos, y es también el caso de Ludwig fueron a la vez poetas y plásticos, y poco importa saber si son ante todo una cosa o la otra: puesto que uno de los títulos de nobleza del surrealismo es justamente el haber sabido romper de una vez por todas el muro entre lo uno y lo otro. (Por tanto, aquí, es de igual medida, forzosamente que yo hablo de Zeller poeta como de Zeller plástico, puesto que nacido en los confines de un desierto, se hizo plenamente consciente de lo que él podía ser y hacer en lo confines de un oasis: el surrealismo chileno.)

En cuanto a Gómez-Correa, nuestro común amigo, ese gran poeta fue siempre gran amante de la pintura, curioso de todos los horizontes plásticos: sus poemas han sido ilustrados por Magritte, Brauner, Hérold, Donati, Cáceres, Granel y el mismo Zeller; y es bien evidente que en tales parajes la curiosidad propia de Ludwig no podía sino crecer y embellecerse de la manera más asombrosa. Es así que fue llevado a organizar, en Santiago, dos exposiciones de Matta, niño prodigio del surrealismo chileno, como organizó más tarde, en Toronto varias exposiciones para sus amigos franceses, ingleses y belgas, así como la primera exposición “Phases” en el Canadá.

Pero habiendo afirmado estos jalones, me es necesario ahora volver a lo que me parece el *espacio común* entre los poemas y los collages de Zeller, para comprender lo que diferencia estos collages de los de Max Ernst (o de Max Bucaille o de Max Servais, ¡para no hablar aquí sino de algunos Max que hicieron obra de collagistas!)

Digamos primero, para simplificar, que Ernst tanto como sus fieles sucesores se han acomodado, en el curso de su experiencia, al espacio naturalista de la xilografía del siglo XIX; y que en este sentido se puede decir que no han estado en el extremo de la experiencia de trastrueque que les era propia, ya que la lógica misma de ésta habría exigido que mientras conservaban los elementos típicos del grabado original (los personajes) se les quite de su *ambiente* de origen y de todo otro decorado parecido. Hay que esperar a Zeller para que tenga lugar esta *extracción*, que cambia todo; esta extracción que devuelve al elemento del collage, por figurativo que sea, todo su valor de signo, en el sentido en que se puede hablar de signos ante los cuadros de Miró o de Kandinsky. He aquí pues esos signos lanzados de manera espectacular, en pleno, al espacio abstracto del blanco, y helos aquí en el mismo instante reconquistando su *relieve*. Pero además, a esta ascesis, a esta extracción a esta abstracción del decorado de hecho pura y simplemente suprimido, escamoteado, corresponde en Zeller una complejidad creciente de los elementos típicos, cuya asociación, el reagrupamiento y la imantación de unos por los otros parecen responder en él a leyes muy distintas que en Ernst y sus seguidores. ¿Es acaso el efecto de la puesta en página de elementos fuera de todo espacio convencional lo que produce esta impresión de aceleración de sus procesos de ensamblaje? Y además sucede que, aunque se trate de elementos parecidos a los de sus antecesores, se tiene la sensación que los collages de Zeller, vienen de otra parte: así el clasicismo (¡todo relativo, claro está!) de los collages ernstianos, corresponde en Zeller a un *barroquismo* que, por su feliz exageración no deja de recordar ciertas arquitecturas hispano-indias, del tipo “churruigueresco”. Sin duda hacía falta justamente, para que esa exuberancia barroca reclame todo su brillo, para que *estalle* como es debido, que se inscriba en un espacio claro, desnudo, despojado aún más que el de los fotomontajes de Moholy-Nagy y otros collagistas del Bauhaus.

... Y era necesario también que estos elementos fueran empujados, e incluso casi *barridos* hasta el umbral de nuestra mirada por alguna fuerza misteriosa, física, gestual, identificable quizás con ese viento que llevaba y traía las ruedas, los poemas y las imágenes de su infancia de un extremo del desierto al otro.

Esta complejidad y esta evidencia a la vez de aglomeración de elementos entre sí alcanzan ciertamente su perfección en un collage de 1972 significativamente intitulado por su autor “La piedra angular”. Verdadera condensación de la “historia del mundo”, “La piedra angular” constituye en este aspecto un logro sin precedentes en la historia del collage de elementos tradicionales. Como se puede ver aquí mismo, compuesto de solamente tres o cuatro elementos, nos muestra en una cortada sobrecogedora, el paso de la vida animal y vegetativa (el batracio que sostiene el conjunto) a los más altos logros humanos, industriales (la máquina a vapor colosal con varias calderas) o arquitectónicos (la catedral compuesta). Se podría ver allí una ilustración particularmente sorprendente y sabrosa de la famosa teoría de Jean-Pierre Brisset que quiere demostrar que el hombre desciende de la rana. Pero mientras que Brisset necesita varios volúmenes de loca semántica para influenciar al lector al punto que sienta “una turbación real” le basta a Ludwig Zeller una imagen para encajar en su lugar la genealogía de nuestras artes y nuestras técnicas. Una performance un poco parecida a la del “Gran terminal”, igualmente reproducido aquí; pero si son obras como hitos en Zeller, efectos parecidos se hallan en todos los collages de los últimos años, y permiten medir el camino recorrido desde *Los placeres de Edipo* donde, si la técnica empleada es evidentemente ya la misma, el autor aún no ha tenido el tiempo de explorar su propio dominio, y de demostrar que con una técnica rigurosamente parecida, se puede obtener resultados plástica y poéticamente del todo diferentes.

Es notorio, en Ludwig, un empleo de contrapuntos de elementos totalmente tenues, a veces reducidos a un filamento, a un hilo (pero incluso ese hilo, ese filamento, está primorosamente pegado, y no dibujado) y otros son al contrario muy masivos, muy imponentes, e incluso invasores, que se desarrollan y proliferan en el espacio de la página como si fueran henchidos desde el interior. Este alternarse de elementos tenues y masivos contribuye seguramente de manera notable al porte “gestual” de los

collages de Zeller, pero se da gracias a un trazo de la tijera (como en otros se hablaría de un trazo del lápiz) de rigor inmisericorde. Zeller usa sus tijeras como un cirujano su bisturí y sus pinzas bajo el imperio de un pulso orgánico que no tiene igual sino en el cuidado extremo con que, en seguida, el que opera dispone los elementos dejados por esa tormenta sobre la playa quieta de la página blanca (en general, por ende, un cartón bastante grueso y rígido que se suma a la solidez del conjunto). Si no se trata de buscar en los collages de Zeller un relato autobiográfico simple de sus angustias y de sus entusiasmos (eso sería demasiado fácil, y luego nada es menos surrealista), es sin embargo permisible tomar en consideración las afirmaciones del mismo Ludwig Zeller concerniendo algunos puntos que complementan su expresión escrita y su expresión plástica. En el ya mencionado epílogo de su colección *Cuando el animal ...* Zeller nos advierte: “no siempre el que toca un libro toca a un hombre, y es un momento difícil, lleno de espinas y de preguntas el que enfrenta un poeta que cambia de país y de lengua. No se toca entonces a un hombre, se toca una herida”.

Zeller habla de herida, yo hablaré por mi parte, de fractura, esa del espacio de sus poemas, donde yo a veces tengo la impresión de estarme defendiendo de ser lanzado de una imagen a otra, o de una red de imágenes a otra, como si se me empujara o como si yo circulara al interior del cuerpo de un monstruo marino varado. Jonás maravillado, el lector no puede comparar esta deambulación a veces un poco inquietante a ninguna otra: la cadencia, el ritmo de un poema de Zeller, aún si existe en él la escritura automática, no son de ningún modo la cadencia, el ritmo de un poema de Péret, ni tampoco, para quedar en el dominio lingüístico de Ludwig, los de un poema de Gómez-Correa, de Cáceres o de Granell. Aquí también, como en los collages hay ya no un fluir continuo, sin efervescencias, perturbaciones, erupciones repentinas que desvían y transforman de un verso al otro el sentido de la lectura, que se convierte así en una “Distracción ontológica”: “La vida es sólo un tubo sin remedio. Entrar aquí da a todos el derecho de mirar la injusticia...”, lugar trastornado, hecho desierto donde “alguien solloza, alguien grita mi nombre en las tinieblas” (pero bien entendido, uno nunca sabrá quién). Se trata aquí de un estado intermedio entre el dormir y la vigilia pero que no es verdaderamente el sueño tampoco, un estado que Ludwig mismo ha llamado espléndidamente en uno de sus poemas “Insomnio con escamas”, donde “Un pez cruza mi sueño

cada noche”. Bien cierto, es Zeller el que habla aquí, pero podría igualmente ser Usted, o yo, al acecho de esas *bifurcaciones* de las que se puede igualmente temer lo peor o esperar lo mejor.

Ludwig Zeller ha hablado del mundo de la realidad social como otro “desierto en que acaso seguimos viviendo” donde “la vida es tan sólo la piel de un espejismo”. En ese desierto donde es posible temer que se esté sitiando un poco más cada día el tenue espacio de libertad de que aún disponemos, es en efecto un claro de “oasis” que oponen bajo su impulso palabras y formas, en ritmos tan amplios como imprevisibles; y al fin de cuentas la reivindicación siempre válida, revolucionaria, surrealista, pero ante todo casi biológica de un “sueño capaz de transformar el mundo”. A todos aquellos que han tenido la oportunidad de verlos, los collages de Zeller causan la más viva *impresión*: de modo que no puede tratarse solamente de una simple reacción estética. No: esa turbación igual que la admiración, esa sorpresa maravillada al mismo tiempo que un poco inquieta, es signo que esas imágenes enseguida se abren camino en la conciencia del que mira. Pues, es verdaderamente eso lo que cuenta: un collage, un poema de Zeller, es, más allá de la imagen, una estela donde nos sumergimos, sin tierra prometida en el horizonte, de repente un poco más libres en las aguas tumultuosas de nuestro propio océano.

París, Julio de 1981.

Poesías de Ludwig Zeller

LOS ESPEJOS DE CIRCE

A. Anna Balakian

Porque no fue Ulises el que vio arder Troya,
el que escuchó el canto de las sirenas y gozó
los encantamientos de Circe, sino Hornero
el ciego que entendió que la vida es una playa desierta
en donde se multiplican las imágenes.

Duele soñar duele asomarse al borde del canasto
En que hierve la sal en las burbujas esas manchas del sol
Que ya sin ojos -puntada tras puntada- van tejiendo la noche
Allá en el légamo sus cuchillos estiran clavan en cruz los límites
Tensas como un tambor crujen las bandas de residuos geológicos
Que el trueno parte en dos liberando al lagarto que allí vive
Y en piedra que mira desde el fondo de tus ojos de almendra
Voy siguiendo con otros el cauce de un torrente que seco
Muestra sus caracoles multiplica sus ruidos
Demos vuelta la luz pongámonos los ojos sobre el yunque
No cambian son sólo grandes olas de un reloj invisible
Derivando en el hielo de un pensamiento frío

Dame entonces esa noche polar esa raíz ardiendo
Por los cuatro costados del aluvión me zumba ese recuerdo
Del enjambre quebrándose hasta ser sólo polvo sólo vuelo
Me desdoble entre sábanas me estiran sobre el potro y no despierto

Hombres con rostro de rapaz sacerdotes que mueven pesados
Sonajeros me rastrillan el alma en la ceniza ya no están los zafiros
Las piedras alzan vuelo migran al otro lado de la luz
Donde ríe el iluso mientras los grandes Budas reclinados
Se gastan en el viento que los sigue soñando

Paraísos letárgicos llenos de plumas de oro
Aquella ave mecánica que solloza en el grito
Planeando en el teclado de las cuerdas gramófonos
Enciende el remolino de sus piernas la seda
Quebrando los espejos del azar esas ascuas
Duras como la pulpa del carbón esos goznes
Que mueve el mar en lo hondo en su sed de tormentas
Y hace saltar las aspas en un nudo de venas ese tajo
Esa llaga en donde el rubí migra hacia el huevo del ojo

Recordemos los días de sol cuando la muerte
Nos macera en sus dientes gocémonos arista por arista
Hasta que surja el verbo flor de huesos y lava
Crepitante sonoro como un himno rompiendo

Las corontas del cactus -tenemos sed, decimos-
Pero bajo la lluvia no sabemos cuál es la sombra cuál
El ave de sacrificio ni el intacto perfume de sus estelas
Danzarines sonámbulos que bebieron su muerte pero siguen danzando
Cataratas de plumas manchadas por la sangre

Golpeo con la frente aquellas puertas las secretas escalas
Donde el cuerpo sacúdese al deseo hasta agrietar el mármol
Las palancas del sol y esas membranas tibias de las sienes
Donde engasto turquesas para acordarme de ese reflejo
Azul con que las olas rompen contra el acantilado del silencio
Animal condenado corro grito la lluvia sabe entonces a vinagre

Yo comercio con sueños dialogo con almendras
De movimientos tibios que semejan embudos hacia adentro
Viñas huracanadas y cubiertas de soles picoteados de pájaros
Están erguidos ante ti los labios del gran horno volcánico
Encantando animales tú te escondes al fondo de un matorral de espejos

Ruiseñores resecos tras el vidrio los filos
Gastan las cimitarras carcomiendo la luna
Sola como una piedra en el fondo del vaso
Tras las fraguas del viento tantas vidas quebradas
Sobre un campo de espinos caen año tras año las semillas
Pero no crecen frutos sino el cardo que esparce sus escamas

El camino es angosto y sólo veo la paloma de brumas
Imagen del dolor revolviendo huesitos y a sollozos
Mirando como al fondo siempre sangra el pescado
Eternamente sangra con sus miembros cortados esa mano
Que aprieta las esquiras como un huevo en las llamas

Ahora estás aquí de boca a boca te hablo te respiro
Te quemo los vestidos que empavesa esa fiebre de cuerdas
De mi vida nudos que son secretos como el ácido
Sobre la amarra del navío pronto a partir

Organiza el concierto de mi edad este desastre oscuro
Quiero beber de un trago esa luz del verano
Que me tira hacia el fondo de tus ojos que cantan
Voy cayendo hacia adentro la semilla en el polen
De tu cuerpo que envuelven las miradas de tules
De esa momia perfecta y sin edad poderosa encantadora
Cuyos perfumes rancios maceramos en la estación total
Hasta alcanzar la nube morada de la lavanda cuyo frescor
Es la forma real el cuerpo transparente del relámpago

Rápida el agua en los molinos canta
El tiempo en cuerdas en vidas que pasaron
Repíteme esa historia de tizones que arrastra la marea

Y en la orilla desierta son tan sólo mis dobles ya vividos

Vierte el azúcar en las brasas salte la chispa
De la miel en los huesos del pájaro que viene
A anidar a picotear las uvas en tu boca la granada
Donde quemo mi vida para encontrarte oh pulpo
De mi amor tú me rebanas tú dispersas mis miembros
Y no puedo gritar y todo recomienza en ese centelleo
De instrumentos de amor bajo el zumbido de panales ardiendo
Porque me rondan seres invisibles un lenguaje de insectos
Sobre el amor yo tejo túnicas de frescor cuyas burbujas
Ábrense como pétalos al golpe de mareas donde te busco
Hace mil años cuando grabé tu nombre en la ceniza donde doy
Grandes voces y soy visitado por los ecos de aquel desierto que habla

Desde el Arca de llamas siento crecer los líquenes
De misericordia ese poder escuchar con otra oreja
El aullido que viene de lo hondo cuando enfrento mis días
En un plato de oro el cordel que se agita se retuerce
En las llamas esas miríadas de hojas foliadas
Cráter en el que escucho que alguien llama y repite
Mi nombre en un idioma que yo ya no recuerdo

Págame pan con oro centella por centella tejemos
Nuestros sueños en caída los cuerpos masacrados sobre el remo

Cuando graban las leyes sobre el yunque como en un hilo
Chirrían las palabras iluminando objetos quebrados
Llevados de una vida a otra en los cajones de ese enjambre
De nudos en la escala donde vamos bajando el resorte que salta
Como salta mi vida y me despierto rebanado en fragmentos

Día a día me ahogo en el grisú más verde
Que la razón sobre los filos de malecones turbios
Mi corazón golpea torna a golpear de nuevo sobre el pozo
Donde la araña teje hace mil años el papiro de la realidad
Portentosos estruendos de la caída vendas de porcelana
Donde la visión es cortada por largos cuchillos como lanzas
Allí sobre los campos donde los hombres se tienden para morir
Enterradas semillas de pimienta en el sermón de llamas

Sin entender por qué la vida da vueltas en el gran tonel
Y la escarcha se raspa desde los bordes en esa vertical
De los grandes rapaces rápidos en la luz cuando cae la garra
De napalm y el humo envuelve con sus gasas la escena
(Que es mejor no ver dice la propaganda, no hay que preocuparse)

Pero mi ojo está fijo sobre la tormenta y el estallido
De los fogonazos me enceguece como las llamas sobre el río que baja
Desde tus hombros y es sangre que cae se detiene se seca sobre el
polvo

Y se eleva de nuevo ave postrera de rencor y violencia

La vida la mejor nervadura ya no cambia

Y el verbo baja al fondo del volcán alimentos del sueño

Que mordéis a sollozos sobre el rastro donde el cangrejo

Eremita empuja la piedra hacia el sonido final

Y sus estambres calculan las rutas libres de la piel

Donde vaga la sombra de los cuervos colgadores de duelo

Cristales terminados en plumas líneas descritas en otro

Sueño en donde el huracán rompe el velamen de nuestro mundo

Las fachadas se ahuecan mostrando el pelaje de la rata

Que huye bajo el fuego mental de un astro invisible

Resonante cuyas alas dan vuelta alrededor de tu cráneo

Qué difíciles se tornan las palabras el hilo que tú enroscas

Sobre tu cuello como un tejido vertebral y lúcido

Donde engarza el torrente geológico de las edades

Esas estrías sobre la piedra del corazón sepultado por milenios

Hecho carbón diamante que a borbotones salta envuelto en llamas

Como la salamandra de tu cuerpo en la hierba

Ven alfabeto de oro purifica los días sobre el estiércol

Porque el caballo piafa estridente bajo el aguijón

Arrastrando las pesadas trompetas de la palabra

DOSSIER

Arietes sobre el yunque ese tarjar del ala
Como sobre las plumas las escamas ásperas del hielo
Donde habita ese ser de metal esa especial
Cantárida cuyo cuerpo invisible se despliega
En el mármol de planicies sin fin esas cascadas
Labios que se abren que repiten una imagen eterna

Si tú fueras Dios vendrías en palanquín con manillas doradas
Ojo insomne donde destila su piedad la amapola
Cuando las sombras se coloran se inflan y me hablan desde el muro
Donde una mano escribe nuestros sueños tejidos en aquel bastidor
Que superpone la luz sobre un palio pintado allá en el fondo

¿El ensordecedor multiplicador de cuervos ha llegado?

Existir es tan sólo deslizarse en la nada la cabeza
Incrustada de luces no reposa en la piedra rompe quillas
Río abajo de nuevo hacia el principio oigo que late el mar.

VISIONES Y LLAGAS

Más nos valiera no oír aquel estruendo
o cosernos los párpados para no ser
cegados por la visión, ya que el hombre
no es sino brasa humeante,
un espejo que sangra en su raíz.

Cerrojo tras cerrojo cuerpo a cuerpo
Se grabaron los días abrieron como labios la cizaña
Escarchadas las mantis saltaron de una edad
Hacia la próxima grandes devoradoras de la muerte
Trilladoras oídme aquí está el más allá

Sopla la arena del rencor deslían las murallas
Donde miríadas de manos tratan de asir tus flancos
Goznes hechos de plumas filos bajo la piel
Veo que ella pregunta por imágenes roncadas tintineo de anillos
Cuando el ópalo incrusta su mensaje en la carne
Las heridas que pliegan trigales en el viento

Yo sueño con botellas llenas de sal violines
Cuyo vidrio adelgazan las llamas de esa carroza de hojas
Perdida en los mercados de la mirra extraviada te arrastran como oveja
Hacia el nido de espejos te recuerdas de pronto a grandes gritos vuelves

A vivir de tus sueños fruta vertiginosa en los dientes del tigre

Conjuro que repiten las olas revolviéndose piel sembrada
En los días enciéndeme la hoguera hecha de huesos rancios
Echada sobre el yunque esa esfinge de fiebre
Por las uñas las uvas de temblor los pezones al rojo
Relojos de placer alzan colmenas piden lo imposible

Migración del enjambre hacia el presente eterno
Alzando las dos piernas hacia la llama azul
La navaja que busco hace mil años extraviada en tus pliegues
De cebolla lunar para mirar la exacta la geométrica curva
De tus pechos pulidos por el estruendo del mar esas conchillas
Del odio-amor del amor-odio de cardúmenes ebrios
Sobre la playa donde tú pasas en el carro de escamas

Adelanto mis voces mi llamado es el de aquel que pisa
Allá en el fondo de los mares helados la costra transparente
Ese andamio tendido en lo ignorado muro cerrado alguna vez
De golpe olas petrificadas en la edad del cuchillo

Rebanamos el cuerpo infinito de la luz y escuchamos
Las abejas zumbando me recuerdan un cántico
De ojos desenterrados y cubiertos de nudos sobre la sartén
En donde año tras año va quemándose en salmuera mi vida

Criatura feroz ídolo sentado sobre sus vísceras
Soñando y devorando nuestros propios engendros

Sobre la gran espera de remotas edades siento llover
Y el agua no es ilusión sino llanto vertido allá en los años
Donde crece la estrella chagual la cineraria ardiente
El verso de mil venas cortado y en el tajo la Palabra
Sonora y ya sin límites que irrumpe en el país de sordos
Donde es orín el oro con sus dardos donde brama mi vida
Bajo los abanicos de rencor los ramos de marfil
Sonando ya sin raíz sin sangre en el hastío de la injusticia
La matanza de los puros tibios como el arroz
Repartido en ajorcas para la más bella escudillas
Del llanto en ese río ocre tormentoso del dolor
La geografía láctea golpeando sobre el párpado de la cebolla
Grande como el corazón aquel puño cerrado del tormento

Colgamos pieles en el tiempo en un deseo tórrido de vivir
Sobre la cresta de un volcán juventud galopada en el pelo
Negro de las águilas huracanes que llevan fardos verdes
Dime qué manos mueven estas cuerdas en lo alto
Revolviendo la sopa nocturna en la que llueve sangre
Y en la que soy tan sólo madero a la deriva
Golpeado arrastrado junto a los malecones del trabajo
Cretinizante que hace correr la tinta lenta mancha

Que ya no lavará marea alguna ese tajo en el vidrio
Donde el grafito empolla los espejismos sobre el cuero
Lanudo de la oveja los días de tu amor cruzan mi vida

Enhébrame en la rueda que anuncia un gran sol pálido
Extiende abre tus piernas que terminan en pezuñas
Sabiamente labradas por los nómades adoradores de la fiebre
Esos que pulen con piedras tu delirio multicolor
Cuando el rubí da vueltas en la garganta degollada
y late crepitando temblando ensordeciéndose
Hasta ser sólo el centro hueco del silencio

Dioses domésticos dioses cotidianos molidos
Hervidos en el gran río negro al interior del ojo
Empolvados también por el olvido en cualquier subterráneo
Donde crecen correas y tiras de metal aquella fiebre
Que me recuerda la extensión tibia de tus brazos
Por los que trepo pulpo morado de la locura
Arremolinando quemando los recuerdos de raíz esos pesados pétalos
Que alza un nuevo Crusoe en el verano de imposibles
Las solitarias playas de la demencia donde siempre está solo
O es visitado por el pájaro del delirio que vuelve cada cien años
Los violines que arrastra la marea ese chirriar ceremonial
Del terror en la amarra de cintas al final de un hueso
El uso de la púrpura entre pueblos idólatras ensayando

Repitiendo ese canto de vaivén sobre el sillón mecánico
y bestial de la tortura alegres hasta el duelo sordos
Como hielo en la desolación mayor el desmantelamiento

De la vida la llama que es un nombre del otro lado de la piel
Donde el pájaro mítico habla en lenguas distintas
En las lunas del espejo aquel ojo sin cáscaras
Sangrando y deshaciéndose en la jaula de pomas

Imaginamos el no ser como agallas fuera del agua
Esas planicies en donde reina el gallo atroz vertiginoso delirante
Con sus matracas de cuero pegadas al esternón
De plata roída que le aprieta desde aquel otro tiempo
Adverso y agri dulce como el sabor de higos secos en los caseríos
De la costa donde los ciegos van aprendiendo a cantar
Encaramadas en la punta del verbo esas cuencas vaciadas de
Hornero
Azulando en el extremo de las cañas su letanía de preguntas
Hechas para beber la imagen mítica del viento no entendiendo
Si es preferible ver o coserse los párpados sobre el globo del ojo
Quietos por el terror sólo las moscas zumban sobre nuestras llagas

El origen de todo canto está en el sueño floreciendo
En lo oculto esa miel de mujer amnesia del sonámbulo
Reloj con sexo de campana tañendo en el vendaval

Nombre secreto grabado bajo el hueso del paladar
En los embudos de cartón la tiza arrastra sus inscripciones rancias
Girando sobre un cráneo de números transparente y real
Esos vasos de tormenta moviendo dados tibios
Sobre la luz rugosa de la memoria el recuerdo del amor

Ven dime de la semilla que llevas para reír
Juguete delirante hecho en los días esperanzas para armar
Cubiertas de cenizas escuchamos las llagas incurable espejismo
Tras los velos la amargura en las pinzas de toda realidad

Tú te alzas sobre el carro engranaje de vértebras
Tan real como el paso de la sombra sobre el corazón
Alas abiertas en dos en cuatro en ocho tendido al infinito
De los muros que se abren al espanto y al grito ¿para qué?

Líbrame de tus bordes de tus filos coléricos
Cuando pregunto como res al final de todo desfiladero
Empujando mis animales en el sueño buscando una salida
Al otro lado de la luz mordiendo aquella cáscara de lo real
Nuestro alimento son bellotas en el hocico del puerco
Cuando pienso en El Pródigo y recuerdo aquel viejo grabado
Con una ventanuca hacia la infancia intacta eterna
Y luego el padre que lo acoge bajo el manto porque fue más allá
De toda renunciación que es el permanecer en esta muerte

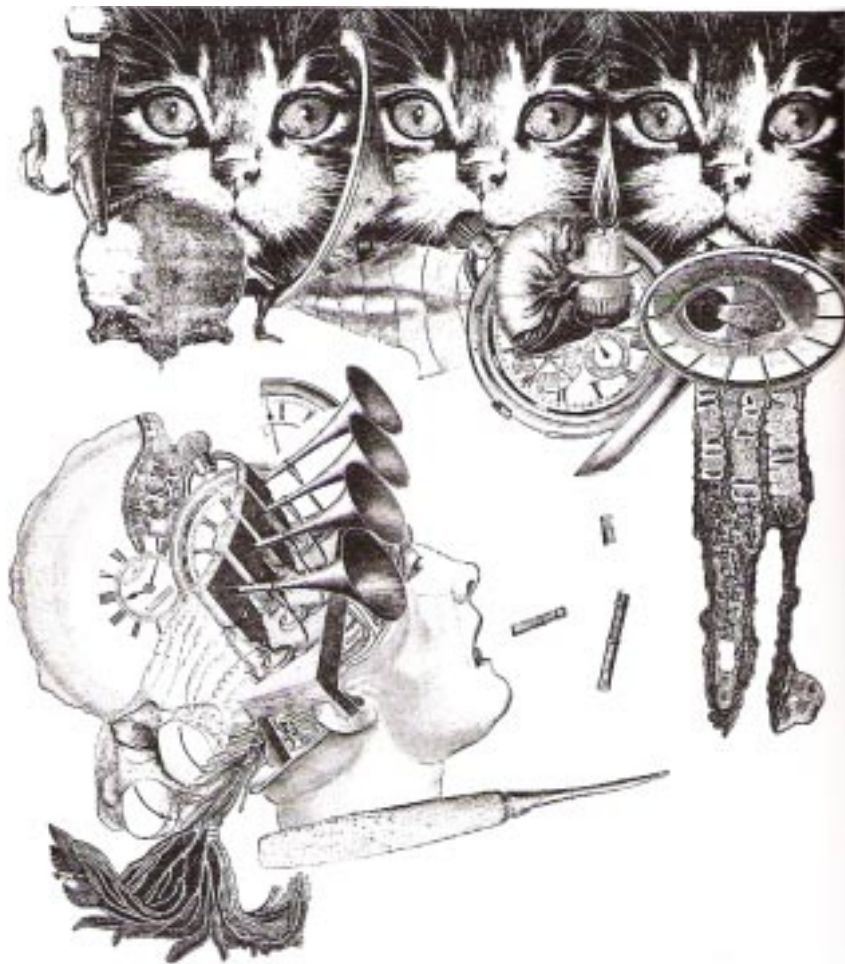
Donde todo se mueve a la velocidad de los actos
Y cada uno tira desde un hilo en el espejo cóncavo y escucha

Tambor oscuro sobre el que golpeamos y era mi corazón
Mi viejo corazón que de improviso tenía mil años
O diez mil más que todos sus latidos
Como grulla saltando sobre el granero en llamas
Embrujo de tu piel atormentada atormentadora
Idolo de mil caras repetidas y multiplicadas
A la luz del diamante caes y subes en perfectas esferas
De geométricos cánticos que esparcen la vida
En multitud de ramas alrededor de la fuente
Esa cabalgata de los insectos de a caballo en la muerte
O el terror bajo el pelo irisado del *racoona* desnudando
A la bella de todas sus espinas bajo la catedral
De hielo esa quietud esa nostalgia de lo que ha de venir

Otras luces pedimos cuando cerca de nosotros
Corre el agua hasta hacemos cerrar los ojos en lágrimas
Fluye la vida como tinta va nuestra sangre al mar
Al revés de Dios al vinagre cuando escucháis
La gran campana tañendo en esa edad de los reptiles
Servidos a la mesa como garras en el limón
Poco a poco se mueven bajo la luz hirviente de los ópalos

La postrera ilusión está en ti lluvia que enciende
Aquella levadura de mujer frágil como la realidad y como aquella
Sólo un ruido de pétalos llevados por el viento
A la otra orilla ¿quién nos espera allí?

¿Son sólo ascuas que humean las palabras?



NÓMADES EN EL MANDALA

*¿Dónde está el lugar de la luz,
pues se oculta el que da vida?*

Poesía azteca precolombina

Los días se prolongan sobre un brocal de hormigas
Se acumula el relámpago en la caída del mastín y tú por fin recuerdas
Que nadie puede volver y afilas los cuchillos bajo las tiendas
Cuando la vida se estira en lonjas de piel
Escóndete para reír para tragar hacia adentro de los labios
Ese gesto feroz ese golpear de hierros sobre el mar
Ahora que la huesa y el crujido marchito de los ecos
Parece la postrera estación la lluvia de guijarros bramando
Y cayendo hacia ese río hambriento y devorador de tic-tac
A tic-tac el resplandor lejano de las hogueras y el ladrido de perros
Sobre las horcas se balancea el día en su jaula de horror
¿Ésta es lo que llaman rueda? ¡Pestilencia! Visitación
De cuervos se llama y vienen los durmientes
Como saliendo desde muebles carnívoros en tiempo de caza nocturna
Llevando tras de sí la enorme cola negra del pez muerto
La ballena que el mar trajo a la playa de mi vida
Y que quemamos día tras día como pulgas bajo el olor del aceite
Rancio que atraía a los pájaros del mar
Y en la demencia y con maldad la hicimos volar con dinamita y el olor
Se esparció sobre los acantilados explotaron al fin sus pesados muñones

Y cayeron sobre nosotros como frutos agrios los pedazos
¿Qué tuvimos de aquello? Sólo miseria bajo la cara embetunada
De vergüenza en la larga infinita espera de que cambiara el viento
Y barrera por fin tanta carroña tanta grasa podrida
Y los restos que vomitó el mar los arrastramos tierra adentro
Los animales se resistieron pero el motor no conoce asfalto
Ni miedo y su alma sólo responde a vacíos exactos

Y así como el que caza de noche protegidos en la oscuridad
Fuimos arrastrando los huesos podridos pero nuestras noches
Eran más negras aún bajo las lonas cubiertas de betún porque
habíamos

Visto el azar y sabíamos que sus ojos estaban sobre nosotros
Y apresuradamente como maleantes tratamos de enterrar el mal
Bajo la tierra removida por el temporal allí donde los borrachos
Cantan contra su suerte dejamos las grandes vértebras y volvimos
Pero el ruido del agua seguía rompiendo en el cauce del ojo
Al interior de la oreja. Eso dije y lo repito ahora
En un juego de dados: ¿Estamos aquí prisioneros del Azar?
Niños pequeños lloramos en la oscuridad moviendo nuestros andrajos
En el polvo Dios mío ¡qué atroz soledad! ¡qué amargura
Vivir con ese recuerdo con todo recuerdo de amor embalsamado!
Si no podemos cruzar el canal el límite y ver por fin
Ojo contra ojo la soñada presencia la azul empuñadura que sostiene
Las hojas de la realidad y las mil realidades simultáneas

Unísonas como un aullido o una llamarada interminable
Aquel ruido de agujas ese silbido de calderas a punto de estallar
Pero ellos que eran míos volvieron sus caballos no por pasto o forraje

Sino por ansiedad escrutando los cielos avanzando en los pliegues
Abiertos del sur en donde se alza la muralla de bruma
La cascada de lágrimas corriendo rodeándonos en la desesperación
Entre el ramaje de los tilos el viento invisible

Palpita la sed y jadeando nos cubren las algas del sueño
Imágenes azules sobre el altar de fieltro los cuerpos segados
Abandonados en la noche como piedras lunares olvidadas
En otra vida una conjugación distinta cuando el verso
Se lee de alto abajo como un filo en los cuerpos de sacrificio
O ceremonialmente es repetido en cuerdas anudadas bajo la tierra

El barquero masca entonces el seco mendrugo y silba
Sobre el malecón donde se quiebran las aguas postreras
Porque somos tan sólo imágenes pintadas sobre papel
Emborroneado sucio y llevado por el viento hasta la hoguera
Y alguien levanta entonces los remos en la noche
Imprecando escupiendo en sus palmas porque nos toca
Este destino y no otros sueños diferentes

Y hay que cruzar el agua y la oscuridad y la niebla

Cuando los pasajeros se apretujan para partir como animales asustados
Arremolineados por las roncas bocinas contra las alambradas de púas
Y alguien que quiere subir aún es lanzado a las aguas
Y grita en el silencio y aprieta sus manos sobre el remo
Sangrante que lo golpea.
¡Atrás! ¡Atrás!

Otro mundo se superpone al vuestro otras imágenes
A las presentes y estamos meciéndonos en el agua
Nuestra memoria es cercenada la tierra es gastada por la sal
(Tierra del viento aullador se llama) pero nuestras mentes

Están cerradas y nuestra vida es la puerta de una tumba
Por la que vamos hacia abajo adelante en el desconocido
Negro fluir donde se escucha el ruido del moscardón
y el tiempo pasa sobre nuestros huesos arruga la piel
Cambia el brillo del ojo
Tú que pulsas guitarra detén el tiempo
Cuéntame de aquellos los que sueñan bajo el polvo el chasquido
De sílabas que doblan y los ecos que migran desde este mundo al otro
Descríbeme el interior de la frente donde la fiebre
Enciende su rojo penacho y trepa cual cohete centelleante
Pronto a caer en la alta noche vamos cruzando un lago
Que son sus ojos el azabache de la corriente sus pensamientos
El atronador llamado de las cascadas su corazón fuelle

De cuero que palpita cual extraño invisible reloj de eternidades
Permíteme tan sólo recordar ser ahora esa flor
De silencio entre dos grandes hecatombes
¿Por qué ríes esfinge por qué el eco se quiebra en las escalas
Y el brillo sobre el arpón de tu mirada no deja ver al hombre
Como en el gran costrón la cicatriz se trenza con sangre quemada?
Blanco y negro y morado vamos hacia adelante
Otro paso y ya estamos en la hoguera encendida
Tantos siglos porque yo sé que tú eres y yo no soy
Sino el humo de yesca con que nos enneguecen en el tormento
Perros peor que perros bajo el báculo del obispo
Flamea la sentencia, quemadlos! y la brea
Que ahora tiene otro nombre o el hospital para enfermar
La mente de los desposeídos y el Estado que es Dios
Sin duda y si no crees el veneno de cobras te hará creer

Hasta cuándo estaremos sobre el mismo potro
En las mismas aristas de dolor creciendo perforando
Las telas del corazón porque tan frágil que es el hombre
Que no resiste dispersar sus huesos grabar

Sobre su espalda la sentencia como en la vieja
Máquina de Kafka donde el preso eterno vomita la papilla
Agria del tormento la portentosa máquina multiplicada

Al cubo y la sangre secándose sobre las cataratas de la sed

Primera única forma del amor quebrada

Con los ojos girando hacia las trizaduras de la luna

A navajazos vamos cortadores de caña con el filo golpeamos

Por piedad por piedad la cabeza me duele

El interior de la forma craneana una bomba pronta a estallar

Ser fuego de una vez para siempre remolino de llamas

Dispersando el Verbo en una nueva religión de amor
automático y feroz

Los cuchillos de la poesía en la espiral de lava cuando la lluvia

Sigilosa serpiente de calor se levanta en un estremecimiento

De luz verde y cae en la amarra del palo que la golpea

No por agua por fuego nos consumimos y enterramos

A nuestros Padres bajo las brasas inscripción en manchas solares

Los pies tropiezan entre ídolos y huesos pero la mente no descansa

Cuando bajo el arco iris azul real se aposenta la lluvia

Principio y fin de todo centro hueco la sangre se entremezcla

Con la harina que cae del costado de la señora-huaco

Señora de Cien Ríos se llama Señora de Cien Ríos es su nombre

Tú dadora de lágrimas escúchanos bajo seis pies

De tierra te llamamos venimos cantando venimos

Clamando desde siempre las semillas del poema bajo la lengua

Hacen crecer el verso macerado por los dientes mascado
Por la injusticia araña trituradora en aquel centro
Desde el que viene luz. Te estamos escuchando en la oscuridad
Te esperamos mil años. ¿Dónde estamos ahora?
Nuestro corazón crece
Como los ríos despeñados dando vida al fantasma

Que llamas vivir pero en la inmensa espiral tan sólo somos
Nómades recorriendo los signos la glaciación de los recuerdos
Donde tu imagen se superpone sobre el papiro de la soledad

Embrujo del halcón un pájaro de metal picotea en el vértigo
Herrumbre de la caída cuando los huesos quiébranse de alto abajo
Ese filo erizado de las lámparas en el delta vital de lo ilusorio
La paz fría y total de aquella nueva espera cuando el trigo
Vuelve a manar quebrando los mil cubos que se cubren de estambres
Y aquel ser de mil ojos el paridor de imágenes ensaye de nuevo
Ese canto olvidado de un sol tibio cuerpo alzado en estrías
Por la espuma que aún bajo la sombra nos seguirá soñando

SALVAR LA POESÍA QUEMAR LAS NAVES

Para A. F. Moritz

Lo que ahora alienta desaparecerá con el aire,
Lo que tras nosotros vendrá, vendrá con nosotros a la tumba
¿Qué digo? Como el humo pasamos ante el vendaval.

PUNTA de llama en la quietud la noche
Hace girar las piedras donde espero en edades
Cicatriz la lava sobre la yema abierta del amor
Orquídea azul prendida a tus cabellos ese llamado

Rápido cae a plomo la piel de los torrentes se despeña
En lo oscuro caemos piedras sobre los surcos
Del desierto deja permite que los pedruzcos hablen
Interroga los límites del deseo primero esa arcaica pasión
Del Agua por ser Fuego del Aire revolviéndose para formar
En Tierra el vendaval eterno sin principio ni fin
Porque jugamos hueso contra hueso y el dado de la vida tiene manchas
Oscuras donde el ácido roe horizontes lejanos con las plumas
Del cuarzo se aproxima la lluvia escucha mi verdadera sed
No quiere esta agua sino el agua primera ese cristal vertido
En lo imposible cuando la piel despierta y es un río que pasa
Al interior del ojo veo lo invisible y me veo a mí mismo

Como una pluma que arde entre las yemas cuando el tambor
Del corazón golpea puntada tras puntada sobre el cuero tensado
El poderoso Soy del Sol interno girando como un planeta
De soplos vivos los panales del sueño como chispas
Esa caricia de los filos pues no hay aquí o allá
Dentro o fuera pensamiento o palabra imagen o acción

Sino una pura única fuente viva de llamas abriéndose
Bajo la lengua el verbo cual látigo de estruendo y dolor

¿Cáscaras somos cántaros para moler en los molinos?
Las bocas piden agua y el torrente brota desde nosotros
Como vena golpea y articula palabras ese oficio
De alambre conductor del relámpago cuando la boca-
Carne-barro se abre a las vocales ese poema único
Perfecto de la realidad multiplicando facetas de diamantes
Te hablo

¿Yesca somos averías semejanzas tan sólo
De un reflejo en la corriente cambiante del Ser?
¡Qué amargo decir trabajo en las palabras sólo
En las palabras como un ciego que escucha sus fantasmas!

Y el remolino cambia y las miríadas de hojas foliadas
No son de aquella o de esta primavera sino el crujir de otoño
En ese jardín escondido donde mi madre hizo crecer

Las flores-rojo-amarillas de la pasión trepando poco a poco
Por los años con un atado a las espaldas vamos ¡adelante!
Sin poder detenemos animales temerosos del frío nos crecen uñas
Como bestias al interior del cristal aullamos bramamos
Y el pájaro tutelar croa el canto traza signos en la arena
Que no alcanzamos a comprender. Si esto tan sólo fuera pasar
Y estuviéramos sordos a la fanfarria hueca del moscardón
En la sopa ácida donde caen los dientes ese tonel de las acechanzas

Sopla Quema Arrasa

Viento purificador que cruza
La noche como la sangre del ave que me habla desde el otro
Lado de las aguas esa sílaba del amor
Plumaje tibio de las almendras
Sobre la piel de nieve vive el silencio
No preguntes Escucha
Yo cascajo caído el último el ignaro que mueve palitos

Bajo el sol los pedazos de vidrio las astillas...
¿Yo soy yo? Grita el pájaro en llamas mueve el viento
Las aguas en la orilla de ese naufragio eterno cotidiano silente
Yo el sin nombre el fantasma sin piel -eco de heridas-
Uno entre tantos agrio y con medio siglo pasado en el insomnio
Oigo mover los hilos en lo alto veo la luz pero no tengo párpados
Sino un garfio en la lengua calcinada el poema:
Sus sílabas son mi agua mi pan bajo el relámpago

AQUELLO QUE NOS DUELE

Viejas fotografías que me cuelgan al roído gabán,
Desolladas por años, enganchan los recuerdos, casi roncadas
En papeles que el tiempo ha tornado amarillos.
Sangre que corre por mi espalda a cuestras, que tira de costado.
¡Cómo me duele verlas! Corría yo tras de la rueda eterna,
Golpeaba los muñones, movía las rodajas del instinto.

El polvo cae, cae el día aciago, inapelable,
Ese de apocalipsis general cuando uno siente
Que la médula empieza echando chispas,
Que dentro de las venas corre torrente arriba
Tanto tiempo, tanto dolor sufrido gota a gota,
Tanto vino quemándose al elevar el cáliz ya vacío.

Ahora duermen tras de los adobes, duermen sin responder
De boca abajo muerden ese reseco bollo con los dientes
Y en la oscura sartén se frieron los relojes.

¿Qué más puede doler? Viejas, deshilachadas máscaras
De cambiantes pupilas cuyos bordes humean
Sobre el rostro, la cortina de huesos y esa lengua que antaño
Oteaba ya por ti. En los arcones de la memoria el viento
Mueve vidrios quebrados, piel adorada, uñas de otro tiempo.

Tanta lava que corta a salivazos ese mantel de piedra,
Ese paño infinito ¡cuánta afrenta! Estoy colgado
A un clavo de vosotras, imágenes dolidas que me acosan
Y en el papel ondulan, ese grito, ese jadear de pájaros
Sobre la cicatriz de la corriente

Hablen ahora,
Repítanme bajito, aquí en la oreja sorda: “Huesito de mi vientre,
Cabeza de escorpión, perla de mi ojo.” Quizás duerma.
Bueno. No tengas miedo. ¿Ya no hay remedio, Madre?
Un poco más y vengo. Te devuelvo los huesos.

EL EMBUDO DE ARENA

A Susana, en las cicatrices del silencio.
Del ardiente desastre de tu cuerpo en mi cuerpo

ROSAMEL DEL VALLE

No poder despertar y estar presente en llagas
Como un carbón humeante entre las sábanas,
Cerrar los ojos y no tener ya párpados con que cubrir el globo
Que latiendo enrojece y escuchar en la almohada cómo se alza
En lo oscuro ese fantasma lúbrico del negro, el que no tiene piel
Ni boca ni ojos que respondan, nada sino una mano
De sedientos pezones al galope.

En sueños me doy vuelta, golpeo en el brocal de un pozo
Seco mientras escucho cómo sube por la escala la yegua
A paso lento husmeando aquellos bordes del silencio;
Sus aletas que el aire ensancha poco a poco hasta llegar
Al éxtasis del molino mecánico, en esos mil tentáculos
Por donde pasa el río en cuyo fondo nos devora la sed.

Los latidos del hilo van copiando ese cuerpo que está allí
y no está allí, mientras el sueño lame sus pistilos, sus labios
No han dejado de gemir, lengua larga que sabe, que se enrosca

Apretando las hebras en mis sienes: las raíces del ojo quieren ver.
 ¿Dónde está la mujer, en dónde su alma? Yegua
 De mi costado, las múltiples facetas no transforman la luz,
 No abren el muro de tu piel, el pelaje que ciego muele el vidrio
 Puliendo a solas ese mar oscuro: tu cabellera horizontal
 Trenza a 10 lejos plumas caídas, vidas ya tapiadas.

Me levanto y escucho. ¿Dónde llaman?
 Cae implacable
 Un filo y hay silencio. .. Entonces sube
 Lentamente, por la escalera en llamas, la desolada bestia
 De mi insomnio. Sólo escucho susurros, oigo pasos
 y en mi oído su trémulo jadeo bajo esos cabezales
 De la lluvia voy quebrando el ayer, dejando sobre el lecho
 Derramados los miembros, esos bellos juguetes de lujuria
 Que hoy quisieran bramar y que se queman en esa enredadera
 De su soplo, siento secas las flores arder bajo la furia
 De un nuevo sol con garras, dulcísimo instrumento del tormento.

Anilladas de escamas se deslizan las serpientes roedoras
 Y en el lecho desplégase su cuerpo abierto en dos, sus muslos son
 Las alas que atraviesan los ríos de la noche, tempestuoso azabache
 Aletea en mis tímpanos el rumor de su sexo, mariposa
 Que en vuelo, abre labios, al festín de los filos de obsidiana.

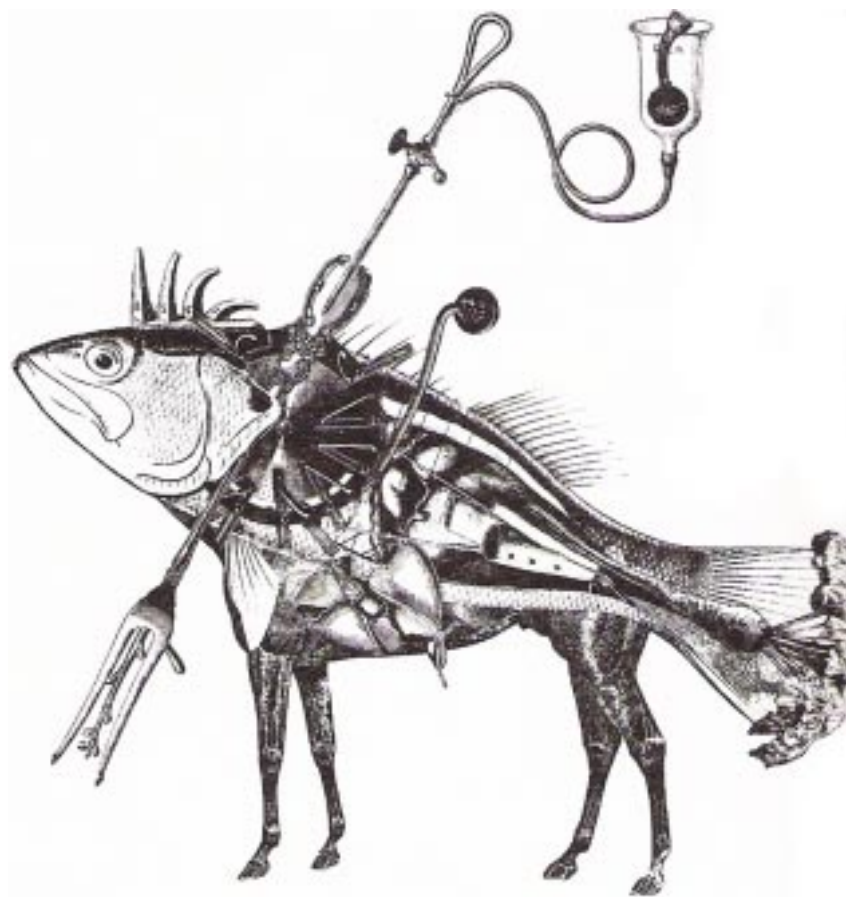
CON VIDRIOS EN LA ALMOHADA

Se abre la tempestad. Como un tormento escucho
Zumbar la aguja al rojo, los follajes que cambian de color
En mi almohada empapada de sangre, de saliva, de sueño.
Corro entonces a lo largo de un muro, la piedra interminable,
Los balcones tapiados, herrumbrados, quizás sólo una máscara
Que el tiempo arruga y deshilacha en tiras.

Mi traje sin el cuerpo vaga solo, repitiendo los gestos
El juego de la magia sobre la cuerda floja, se equilibra,
Desciende como un lento ahogado que penetra hacia el fondo
Rodeado de burbujas, ese gran pez del alma, el otro yo,
Mi hermano, que saca de su boca una cuerda que nunca se termina.
Cojo el cordel, lo anudo contra el filo, donde las flores
De metal se mustian, aquel cuerpo tendido allá en la arena.
Me parece que en lo alto se quiebra un monstruo en piezas.
Se precipita el vidrio a la deriva... Nos arrastran
Las aspas del huracán.... ¡Despiértate, despiértate!
Grita alguien en mi oreja y bajo aquel reloj, sus pedernales
Golpeo con horror.
¿Dónde estamos? ¿Adónde?
Condenado por siempre
A hundirme en lo profundo, a interrogar de nuevo aquellas llagas,
Aquel cuerpo erizado por la pluma y la nieve.

Siento correr, golpear en cada vena el torrente que enfríase,
Pedir de nuevo el aire, ansiar arder, ser carne, fuego al fin

Que despliega sus lenguas en la noche, cabeceando de sueño,
Hundir la frente en la pared y fijar el fantasma
Que espía en mis espejos, que voltea los vasos
Donde hay sólo vinagre; la cicatriz bajo la sal chispea.



AGUJA DE HIELO

A. Beatriz

Hay que haber visto haber sentido sobre la cabeza ese aguijón
Atroz cuando las aguas se tornaron filos, se endureció la voz
Y como un dardo colgaba amenazante en la ventana.
Crecía cada noche, era un inmenso ser de mil pupilas fijas,
Caía el agua despeñábase por las uñas soplaba
El viento de la pesadilla y crujían los dientes de la aguja.

Una tarde, en oblicuo tocó el pálido sol su piel de hielo
y se tiñó de sangre el cuerpo transparente, recordó muchas
Vidas cuando cayó cantando en cataratas, cuando era mar,
Partícula de nubes o perlas de sudor sobre una frente.
Allí estaba el lanzón de hielo retorciéndose en luz
Como al sonido de una inaudible música, que otros filos tocaban
Con sus puntas haciéndolo sangrar en la caja de frío.

¿Quién tocará mis garfios?, me pregunto, ¿la sed de mi carroña
Que cada día arrastro por el mundo cada vez más oscuro, más vacío?
¿Y quién como al azar soplará allí en mis huesos hasta hacerlos
Cantar lo que han sabido siempre, que el amor es sólo una llamarada
Y al tocamos convierte el hielo en pétalos que laten?

LOS ESCOMBROS DEL ALBA

Caído bajo el peso de lo oscuro interrogo, me angustia
El remolino de esos naipes quemándose, en lo hondo del espejo
Quizás sueño. ¿Sobre qué arenas púlese la cabeza de sangre
Los penachos de plumas, los huertos sin raíces de mi ser?
Porque yo sé, yo he visto esos pies que cruzaban la corriente
Sin destrozar la cáscara del agua, unos huesos blanqueados
Por el alba y el enjambre que croa picoteando los labios
De ese ser indefenso que se agita y retuerce en el no ser.

Bajad plumas, bebed aquí en el cántaro esa angustia,
Esa fiebre redonda y a punto de estallar, ese llanto
Que no tiene por qué, ni piel, ni razón ancestral
Que lo sostenga sobre sus largas patas de coleóptero
Y sin embargo duele y no sé dónde, alguien me llama a gritos,
Golpea un cubo de paredes frías, solloza sin cesar.

Tiene huecos el aire que apuntala los últimos peldaños
De la noche, gallos ciegos que picoteando cantan
y vuelven a cantar mientras revuelven en la vieja
Baraja de los días los granos de maíz, arrancan chispas
En el vidrio azogado. ¡Carajo!, a qué vivir, si hay tanto ruido,
Tanta llama mordiendo su carbón y esa pala en mi almohada:
Tapiado bajo el sueño quizás pueda, quizás pueda volver.

El alba pasa con un gallo negro, el cuello rebanado.
Su instrumento mortal tiene dos filos -cara o sello-,
Mi vida, entre dos cabos arde. Me duele despertar.



LOS OJOS DE LA MUERTE

Los días duelen y la arena ardiente levanta sus escamas
Sobre el ojo para poder amar en las pequeñas cajas, ataúdes de cuarzo
Y olvidar esas llagas en que florece el tilo año tras año.
Si pudiera tan sólo separar de este juego aquellos gajos
Que dan las coincidencias, dan las fechas, abrocharme la herida
Y ser el sordo que escucha a veces un rumor lejano.

Pero la muerte tiene gafas dobles, ojos sin párpados
Como cuchillas, cuando cubierta avanza en nudos misteriosos
Y duro el paso de su danza suena sobre los parches del tambor.
Tiembla la médula, se desgarran el sol, ¿en dónde está su imagen?,
La mesa está dispuesta y en el blanco mantel, esos vasos quebrados
Hace ya tanto tiempo, tanto hielo glacial ceniza muda.

Jugamos ella y yo: pretendemos que en la cerrada urdimbre
de las reglas
El pan se da a los ciegos que mendigan, que las puertas no se abren
Y los hornos famosos son sólo una estación de los perfumes.
Ella mueve las negras, yo las blancas, y pasan días
Como siglos, sus alfiles aran el mar, mueven humo en lo alto y caen
Plegados en mazorcas mis doblones. En el caballo salto atrás

Y caigo en otro tiempo. Entre cien rostros que me cubren

Huyo buscando aquella máscara cubierta de inscripciones,
Escarbo en las escamas de ese saurio inmortal que todos

Somos en el embrión de origen, pero mis huesos suenan,
Rechina mi esqueleto y silba el viento, púlese la cáscara
De tanto vano ardor y así desnudo vuelvo a empuñar arpón.

Y loco en el amar como otros mil antaño, salto al ruedo
Para el bailar de hueso contra hueso con la tirana muerte
Que vestida de negro gira al centro. La música comienza,
Apasionada el polvo bate y amarrados uno en el otro,
El garfio de sus ojos quema toda vana memoria y todo hastío,
De labios que en los labios sólo son piel son llama.

Ven entonces, tibio ídolo de tanto insomnio, bebe
De raíz esta médula que quiere eternidad, haz que el tambor
Esparza mi semilla en la arena; te espero allí hace siglos,
Mi dulce eterna amada, por tus párpados cubierto quiero ser.
Abres la puerta, lánguida sonríes. ¿Qué esperas, di?
He llegado por fin a tu costado, Señora del Silencio.

Toronto, 17 de enero, 1984.

LA CABEZA DE MÁRMOL

La cabeza de mármol, la que nació conmigo, la que viene
Rodando desde la eternidad de hierro frío, esa que apenas
Puedo entrever en la noche sin fin de mis fantasmas,
Cuando solloza a solas, más viva que yo mismo en su caer.

Los años van girando lentamente en sus goznes.
Sobre el suelo me curvo, me arrugo, me enceguezco
Sin poder comprender por qué las venas crepitan tras la escarcha
Y los rictus se pulen contra el vértigo, huyen al sueño.

Sus huesos son los ecos del cántico perfecto, el que atraviesa
De sien a sien las vetas azuladas del torrente que brama
Y acomoda en mi almohada la pesadez del tiempo, el globo de sus ojos
Que entre pétalos arde, cegado como un tímpano allá en lo hondo.
Esa cabeza trunca con que choco, los despojos que gasta la marea
Suben como aguas negras y cruje rechinando el maderamen.
Sobre un vidrio quebrado se deslía mi vida, el número ignorado
Y los filos sedientos del cuchillo que significan sangre.

Cae sangre. ¡La lluvia cae ahora! Revolcándose
Se levantan del ácido los hilos a enhebrar sus agujas.
¿Estaremos atados para siempre, barro que duele, yo
Pedruzco deleznable y relámpago tú, sístole-diástole,

Cráneo de mi otro ser que se pudre entre sábanas,
Se ahoga, y no puede volver?

Despertemos cabeza, partamos con la frente el hierro al rojo.
Tibio mármol, delirio que solloza, que cae y se levanta
Desde los huesos rancios. Entre espinas sonrío de soslayo:
Se quiebra de costado, se empapela de sangre, empieza a hablar.



El Mago (detalle). 1974

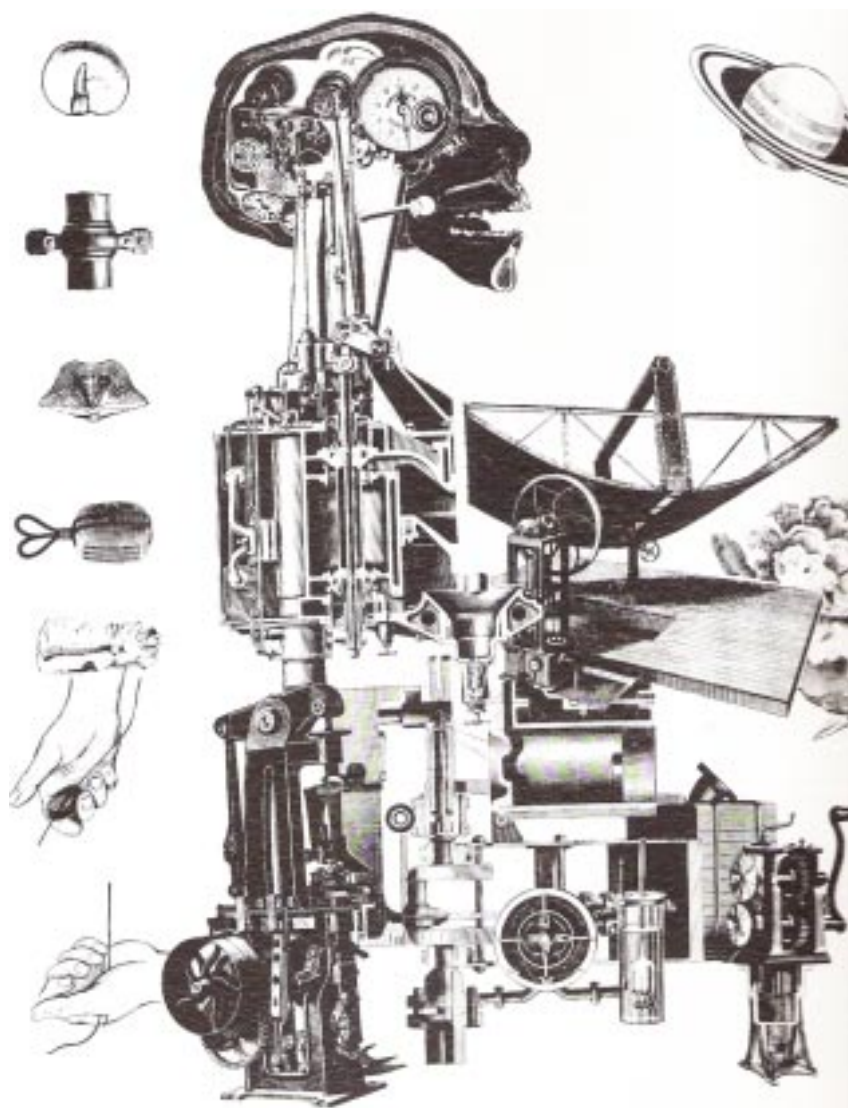
RELOJ DE OREJA

Mi padre abrió un reloj y sus mitades derramaron
En el blanco mantel esas múltiples ruedas cortadas como orejas
De ese monstruo mecánico que en secreto aúlla cruzando
Las esferas donde ríese el rostro de minutos y horas.
No llegaron a armarse de nuevo las diabólicas partes
Y el tiempo corre libre allá en mi infancia.

¿Que los años pasaron?
No recuerdo. Tantas veces al hacer un poema, al enganchar
Palabra con palabra, imagen con imagen, he vuelto a desgarrar
Los negros numerales que aprisionan al hombre que en mí vive
Y sus pedazos los he arrastrado al mar, flotan en trozos, se hunden,
Son tan sólo pequeños rodamientos, briznas que el viento
Hace volar, papeles que retornan y son la nada hueca en sus rincones.
Al fondo del collage escucho a veces cómo mi padre ríe
A carcajadas, no existe ya el opaco tiempo milimetrado y podemos
Volver a aquella mesa en la cocina, escuchar cómo canta mi madre
Aquella melodía del silencio y ver al fondo de aquellas pupilas
Ese mismo milagro, esa gracia fugaz con que los niños miran
Las tijeras que al brillo van cortando relojes en la arena.

¿Quién podrá liberarnos de esa campana ciega? ¿Del atroz mecanismo
En que me escucho sollozar a mí mismo? La yegua desatada

Del misterio galopa allá en lo oscuro. Escondido en las ramas
Del pimientito oigo gorjear los pájaros. Pasó la eternidad. Sin despertar.
Con los huesos blanqueados por el frío, allí estoy esperándote.



¿A dónde va la ciencia? 1987.

QUEBRAR LAS MÁSCARAS

A. Arturo Schwarz

Todos los objetos visibles, hombre, no son sino máscaras de cartón.
Pero en cada evento -en la acción carente de dudas- allá, una cosa
desconocida y sin embargo razonante presenta las molduras de sus
rasgos tras la máscara que no razona.

Memoria de los rostros

Braman los cardos zumban sobre la cabeza que permanece oculta.
Lobo masticador de las amarras, ¿qué bordados te impiden huir
Bajo la noche? Piel melancólica, la solitaria sobre la vertiente,
Tan dura en su pesar mientras el tiempo mueve las imágenes:
Me ves te veo, ¿sobre tu rostro cambia de harapos el relámpago?

La cabeza bifronte estalla en la llamas y desde el borde saltan
Sus aristas coléricas. Veo la máscara pero no los ojos,
Escucho el cuesco pero no la almendra, los colores, los rictus
Ovillan en un saco sus hilos, su pesadilla lenta
Su lobo violín, sus tatuajes que en círculos descubren
Un hueso empapelado: bajo las letras ciegas brota sangre.

Sobre el rostro quebrado corre el agua que es verde.
¿Florecerán los ojos que enterraste? Al fondo, más al fondo
Alguien está llorando. Las corontas del viaje me recuerdan
El país arbitrario de tus pechos, cataratas secretas al abismo
Los juguetes te incendian el cabello de los últimos días.

Explícame los pájaros por el dibujo de su sombra,
Tus actos por los vidrios de plumas delirantes. ¡Deja que bajen!
Deja que picoteen en tus ojos que saltarán por fin
Hacia otro espacio dando vueltas; quizás logres juntar
Todos los hilos en un racimo negro vas ahogando en tinta las almen-
dras.
La máscara sin máscara que enmascara a los otros,
Los que esconden la cara del que en los sueños mira
Allá a lo lejos una luna trizada sobre el charco de sangre.
El destino se quema, irremediable, de una vez por dos puntas.

Ejercicio con máscaras

Mi viejo amigo, a veces mi enemigo con un clavo de hierro
Incrustado en la frente, “sin decir agua va” se atusa
Los mostachos de gato devorando a invisibles, a lúbricas
Danzantes que él tiene aún inyectadas en sus fijas pupilas.

El cigarro de palo que mastica no entiende la razón de quien lo muerde.

El otro tiene un nombre que es secreto, una sentencia escrita
Debajo de su lengua, larga como una llama cuando anima los cuerpos,
Quiere danzar pero sus crines mueven un tropel de caballos
Que no pueden volver, que conjuran las olas allá lejos
Como una tentación; lo paraliza el miedo, su copra y su betel.

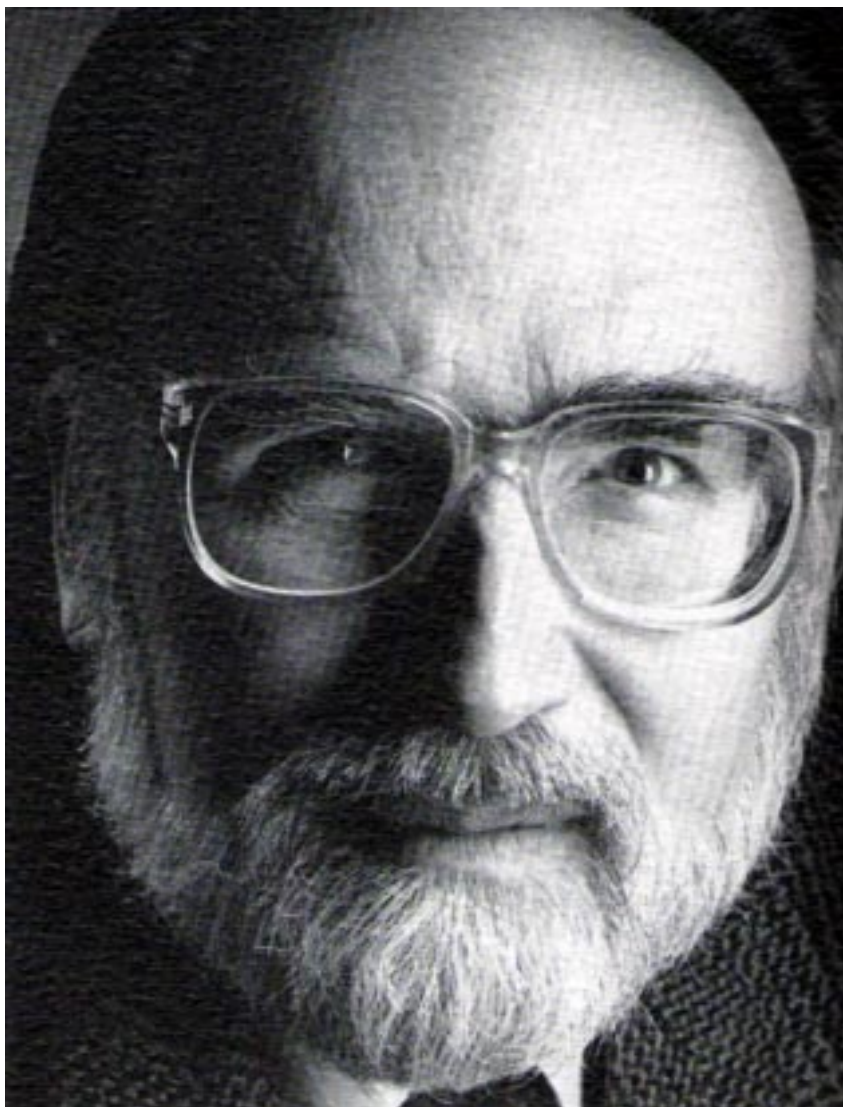
Todo de negro ríe el monje escondiendo su rostro, el transitorio
Que ha de mirar el último espejismo en el ecrán cambiante
De la vida. ¿Si todo era ilusión, qué estamos viendo?
Una sonrisa eterna se ha cuajado en cedro: ¡ahí está su verdad!

Todos son sólo máscaras, sólo son huecos que perfora el aire
Esa certeza de una piel, un labio, una centella derramada
En lo oscuro donde acecha el insecto que atenaza a la muerte,
Esa otra máscara que en sus huesos desnudos se lamenta.

Adorable presencia

Rompa tu rostro el nudo y que mis yemas puedan tocar
Por dentro esa mirada, adorada presencia, pelaje de las lunas
Donde mujer, queman los días sólo una apariencia, un reflejo en el agua

Vertical de tus huesos pulidos por el polen de miríadas de estambres.
Baterista incansable, sobre nosotros bate cuajarones el polvo.
Levántate la máscara, quiero sentir la lluvia de la vida, ¡caed lágrimas!



Ludwig Zeller.

Trayectoria de Ludwig Zeller

1927 Nace en Río Loa, en el desierto de Atacama, al norte de Chile.

1949-56 Actividad plena y variada en los campos de literatura, arte, educación y otras áreas experimentales. Trabajó con especial dedicación en la versión al español de los románticos alemanes.

1952-70 Organiza varios centenares de exposiciones (muchas de naturaleza experimental) como director de la Galería del Ministerio de Educación de Chile, donde fue asesor de artes plásticas hasta 1967, y más tarde en varios otros museos y galerías.

1952-57 Escribe y publica los poemas más tarde reunidos en su antología *Éxodo y otras soledades*, Santiago, Chile, 1957.

1955 Mural en *collage* 2.30x2 m. destruido.

1957 Segundo mural en *collage*, hecho con material contemporáneo, que comprende 48 “falsos proverbios”. Destruído.

1957-61 Escribe y publica separadamente poemas más tarde reunidos en la antología *Del manantial*, Santiago, Chile, 1961.

1962-64 Trabaja como asesor en estudios sobre la desorganización verbal en los esquizofrénicos y sobre los problemas de comunicación médico-paciente, en el Centro de Antropología Médica de la Escuela de Medicina, Universidad de Chile, Santiago. Emprende una experimentación de tres años en “sueño vigil dirigido”, con la doctora Helena Hoffmann.

1964 *A Aloyse*, editado por la Escuela Nacional de Artes Gráficas, Santiago, Chile. Este es un pequeño libro en forma de una tira de papel rojo de dos metros de largo. (El poema así impreso y, originalmente planeado como una cinta de Moebius, pertenece a una serie de cinco textos escritos en 1963; los otros cuatro se han extraviado.)

Escribe los poemas más tarde reunidos en la antología *Las reglas del juego*.

1964-70 Ocho exposiciones individuales de collages y recortes en papel realizadas en Santiago de Chile y una en Buenos Aires, Argentina (1967).

1968 Funda la revista *Casa de la luna*, y poco después establece con el mismo nombre una galería, café y centro de conferencias.

Las reglas del juego, Ediciones Casa de la Luna, Santiago, Chile, publicación en español y alemán (traducción de Wera Zeller), inglés y francés (traducción de Estela Lorca), con ilustraciones de Susana Wald.

Los placeres de Edipo, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, poemas y collages.

1969 *Siete caligramas recortados en papel*, Ediciones Casa de la Luna, producida en Estudios Norte, Santiago, Chile; portafolio de serigrafías en color.

1970 Organiza la exposición clave “Surrealismo en Chile”, de pinturas, publicaciones, objetos, performances, vestuarios, etcétera. Ampliamente promovida por la prensa y la televisión. Escribe y produce el catálogo de la exposición Surrealismo en Chile (dos ediciones).

1971-87 Treinta y ocho exposiciones de *collages* (muestras individuales y de grupo en Chile, Argentina, Canadá, Venezuela, México, los Estados Unidos y Europa).

1972 *Mujer en sueño*, publicación privada de este texto en *audio-cassette* en español y en traducción inglesa de Estela Lorca, en una caja-objeto de cerámica (edición de 100 ejemplares numerados).

1975 *Dream Woman* (traducción de *Mujer en sueño*, por George Hitchcock y Fernando Alegría), Kayak Press, Santa Cruz, California, Estados Unidos.

Funda Oasis Publications en Toronto.

Mujer en sueño. Woman in Dream. Ambas publicaciones de Oasis Publications, Toronto. Dibujos de Susana Wald; traducción inglesa de Estela Lorca.

1975-81 Publicación de numerosos textos surrealistas, así como catálogos para 12 exposiciones organizadas por Oasis-Phases en colaboración.

1976 *A Aloyse* (segunda edición en español), Oasis Publications, Toronto.

Cuando el animal de fondo sube la cabeza estalla, Mosaic Press/Valley Editions, Oakville, Canadá; en español, inglés (traducción de Susana Wald y John Robert Colombo) y francés (traducción de Thérèse Dulac), ilustrado con *collages* del autor.

1977 *Mirages*, Oasis Publications, Toronto. Primer portafolio de 12 *mirages* (*collages* con dibujos en tinta) hechos en colaboración con Susana Wald. Textos en inglés.

Tres litografías - Tres poemas, Oasis Publications, París.Toronto, portafolio con textos en inglés.

1978 *Los espejos de Circe, Visiones y llagas, Nómades en el mándala*, Oasis Publications, Toronto. Tres poemas largos publicados en español e inglés en seis cuadernos separados, reunidos en una caja transparente. Ilustraciones en mirages de Susana Wald y Ludwig Zeller.

1979 *Alphacollage*, The Porcupine's Quill Inc., Erin, Ontario. Alfabeto en *collage* con un texto introductorio en español, inglés y francés. Segunda edición, 1982.

A cuatro manos, exposición retrospectiva de Susana Wald y Ludwig Zeller en la Art Gallery of Hamilton, que incluye más de 100 obras, además de documentos y publicaciones. (Catálogo en inglés)

In the country o/ the antipodes, Mosaic Press/Valley Editions Oakville, Canadá. La antología más completa hasta la fecha (1964-1979) con una introducción de A. F. Moritz. Publicada en inglés en traducción de Susana Wald y A. F. Moritz con ilustraciones y documentos iconográficos.

1980 *El huevo filosófico*, revista de imágenes y textos surrealistas de circulación privada con ocho números aparecidos hasta el momento.

Introduction au discours sur le peu de réalité du "Dernier Port du Capitaine Cook", Oasis Publications, Toronto. Un ensayo de interpretación alquímica sobre un collage del autor realizado por Arturo Schwarz que más tarde formaría parte del libro *L'immaginazione alchemica*.

50 Collages, Mosaic Press, Oakville, Canadá. Una recopilación de 50 *collages* realizados en blanco y negro con una presentación de Arturo Schwarz y un extenso ensayo de Édouard Jaguer. Textos en español, inglés y francés.

1981 *Cuando el animal de fondo sube la cabeza estalla*. Oasis Publications, Toronto. *Cassette* del libro del mismo título. En español y francés.

Sílaba incandescente del deseo, Oasis Publications, Toronto. Edición en español, inglés y francés, ilustrada con mirages. Traducción de Beatriz Zeller.

1982 *Eugenio Granell o la invención del dado*, Oasis Publications, Toronto, Nueva York. Poema en español e inglés publicado con ocasión del homenaje a E. F. Granell en Brooklin College, Nueva York; ilustraciones y fotografías.

1983 *Espejismos/Mirages*, Hounslow Press, Toronto. Una selección de obras en colaboración con Susana Wald de collages y dibujos. Texto introductorio, biografías, y un epílogo de John Robert Colombo, en inglés y español.

El embudo de arena, Oasis Unique, Toronto. Poema en traducción inglesa, edición de lujo con dibujos y tipografía trazada a mano por Susana Wald. Ejemplar único. Propiedad de Thomas Fisher Rare Book Library, Toronto. Donación doctor E. Cass.

1984 Ediciones de lujo de los siguientes poemas: *Los escombros del alba*, *Los ojos de la muerte*, *La cabeza de mármol*; 27 ejemplares de cada libro con grabados originales de Richard Gross y Susana Wald, incluyendo, además del original en español, la traducción inglesa. Oasis Publications, Toronto.

1985 *Quebrar las máscaras*, Oasis Publications, Toronto.
En español e inglés, con collages hechos con timbres de goma por John Graham.

A perfumed camel never does the tango. Dunganon Press, Orkelljunga, Suecia; 99 proverbios en traducción inglesa, ilustrados con dibujos de Tony Pusey.

Un camello perfumado jamás baila tango. Oasis Publications, Toronto. Edición de 270 ejemplares bilingües del original español y la traducción inglesa de A. F. Moritz y Beatriz Zeller. Collage del autor.

1986 *The marble head and other poems*. Mosaic Press, Oakville, Canadá. Traducción inglesa de A. F. Moritz y Beatriz Zeller con una introducción de José Miguel Oviedo e ilustraciones de Susana Wald.

1987 *Ludwig Zeller, una celebración*. Publicación del poema "El faisán blanco" en 50 diferentes idiomas con igual número de ilustraciones, todas ellas realizadas por artistas y poetas amigos del autor con ocasión de su 60 cumpleaños. Contiene además fotografías y documentos. Edición realizada especialmente para la exposición de las obras visuales y homenaje al autor llevada a cabo en Metropolitan Toronto Library. Oasis Publications/Mosaic Press.

Exposiciones de arte realizadas por el autor

Chile: 1965, 1966, 1967, 1968, 1969, 1970 Y 1980. Argentina: 1967. Canadá: 1971, 1973, 1974, 1975, 1976, 1978, 1979, 1980, 1986. Estados Unidos: 1974, 1976, 1978, 1980. Venezuela: 1974. Brasil: 1977. Francia: 1977, 1978, 1979, 1980. 1981, 1984, 1987. Portugal: 1977, 1978, 1984-85. Bélgica: 1978. Inglaterra: 1978. Alemania: 1978. México: 1979. Islandia: 1983. España: 1984. Italia: 1986.



La Gran Madre, 1971.